

La colonización phókaia en España desde los orígenes hasta la batalla de Alalíe

(SIGLO VII - 535)

POR A. GARCÍA BELLIDO

I

EL PROCESO DE COLONIZACIÓN

En otro lugar¹ comprobamos que mucho antes de la llegada a la Península Ibérica de los phókaios, otros navegantes griegos hicieron acto de presencia en nuestras costas. Que a ellos y no a los phókaios corresponde el mérito de haber navegado por vez primera nuestros mares y de haber descubierto nuestras islas y costas de la tierra firme. Estos viajes primitivos, prephokaios, están hoy firmemente atestiguados — como vimos — por un cierto número de hallazgos arqueológicos, claros y bien determinados, datables desde el comienzo del siglo VIII, y por una serie de textos clásicos, que, aunque en forma a veces desfigurada por la leyenda, permiten, sin embargo, entrever hechos históricos cuya cronología más prudente — deducida de los mismos textos — coincide de un modo verdaderamente satisfactorio con la de los mencionados testimonios arqueológicos.

Que gran parte de este mérito ha de adjudicarse a gentes de estirpe jónica desprendíase: a) de haber sido chalkidios y eretrios los primeros navegantes y colonizadores que se establecieron en la cuenca occidental del Mediterráneo (fundación de Kyme en Campania, de Naxos, Zankle, Rhegion, etc., en Sicilia y sur de Italia); b) de los nombres jonios en -oussa que de Kyme y Sicilia conducían por la vía marítima más corta hasta allende las Columnas Herákleas, vía que hubo de ser abandonada antes de la llegada de los phókaios por la penetración púnica en las Baleares (Ébysos, 654); y c) por la probable derivación, en parte al menos, de los signos de los alfabetos ibéricos del chalkidio, hecho paralelo al acaecido con el etrusco, cuyos signos son también de este origen. Desgraciadamente no han llegado a nosotros textos, ni aun siquiera legendarios, de la presencia de gentes chalkidias en nuestras tierras durante aquel primer período de la colonización griega.

Mejor documentada a este respecto se nos presentaba la participación de gentes de estirpe dórica en los comienzos de dicha colonización, como deducíamos: a) de la intervención temprana de los rhodios en la colonización de Sicilia, incluso en las costas occidentales; b) de las noticias literarias que los mencionan expresamente en los mares y tierras ibéricos (fundación de Rhode, viaje a Baleares y Tartessos, fundación en las bocas del Rhódano, la existencia de una «Vía Heráklea»), y en fechas muy remotas (antes de las olimpiadas, es decir, del 776; durante la thalassokratia rhodia, es decir, siglo IX); c) de la propagación a nuestra Península de parte de las leyendas relacionadas

1. A. GARCÍA Y BELLIDO, «Las primeras navegaciones griegas a Iberia (siglo IX-VIII a. J. C.)», en *Archivo Español de Arqueología*, n.º 41. Madrid, 1940.

con las hazañas del héroe nacional dorio, Heraklés; *d*) de ciertas formas dóricas casualmente conservadas en algunos toponimios (Gymnaside, Malodes) y de la abundancia de otros cuyas formas derivan directamente del nombre de Heraklés (Herakléous Stelai, Herákleia polis, Herakléous nesos); y *e*) de los hallazgos de ciertos objetos arqueológicos de manufactura rhodia, si bien todavía no de fecha tan remota.

En las páginas que siguen vamos a estudiar y reconstruir en lo posible las líneas generales de la gran empresa colonizadora subsiguiente, la de los phókaios, única de empuje y amplitud, única en método y resultados permanentes, y admirable tanto por lo que toca a su plan y organización como por lo que atañe a las profundas huellas culturales que a su presión quedaron para siempre impresas en la vida de los pueblos mediterráneos del más lejano Occidente.

I. PRIMEROS VIAJES DE LOS PHÓKAIOS A ESPAÑA (s. VII). — La nueva etapa que en la exploración del Mediterráneo occidental se abre en el transcurso del siglo VII no corresponde ya a chalkidios ni rhodios. Sus pasadas actividades, que tan brillante papel jugaron en la apertura de la cuenca occidental del Mediterráneo al comercio griego, pasan en el mencionado siglo a manos de los phókaios. Era Phókaia una joven ciudad mikra-siática sita a la entrada del profundo seno de Smyrna, no lejos de la desembocadura de uno de los ríos más importantes del Asia Menor jonia, el Hermos, cuyo valle facilitaba el comercio con las tierras del interior. Habitada por gentes activas y arriesgadas, siguiendo la corriente colonizadora de la época, establecieron ciertos emporios comerciales en el Hellespontos y en el Eúxeinos. Pero su hazaña más renombrada fué la gran empresa colonizadora y comercial en el apartado mar de Occidente.

Fueron las circunstancias las que determinaron a los phókaios a establecerse en él. Cuando éstos dieron principio a sus faenas colonizadoras por la cuenca occidental del Mediterráneo se hallaron con que tanto el sur de Italia como Sicilia eran campo cerrado a sus actividades, por estar sus tierras ya ocupadas de antemano por sus predecesores chalkidios, rhodios y demás pueblos metropolitanos de aquellas florecientes colonias. Por otra parte, tanto Etruria como Cerdeña parece ser eran tierras casi vedadas. Otras, como Liguria, eran poco acogedoras. Quedábanles, como campos propicios a una empresa colonizadora de altos vuelos, las costas de la Provenza y las del reino tartessio. Hacia ellas encauzaron sus actividades. Estos mercados, por su lejanía y los peligros de su navegación, entre los que no debía ser el menor el de los etruscos, púnicos y ligures, no constituían probablemente entonces un coto cerrado para nadie. Aunque sus primeros visitantes — chalkidios, rhodios, kretenses — tuvieran ya establecidas algunas factorías, las tierras eran dilatadas y vírgenes en su mayor parte. No existía de hecho un monopolio comercial. A sus orillas acudían, de vez en cuando, gentes de muy diversas procedencias, como los hallazgos arqueológicos lo demuestran. Únicamente en la región tartésica, al sur de la Península Ibérica, las dificultades podían ser, en algunos casos, virtualmente insuperables, sobre todo si las naves se aventuraban a cruzar el Estrecho, fácilmente vigilado por los carthagineses, dueños de ambas orillas.

Es muy posible que para los chalkidios y rhodios, bien establecidos ya en sus ricas colonias del sur de Italia y de Sicilia, estos obstáculos motivasen el abandono paulatino de aquellos lejanos mercados, que fueron los primeros en descubrir. Por otra parte, las actividades de los phókaios, que, llegados tarde a Italia y Sicilia, pugnaban por crearse una base comercial en Occidente, debieron contribuir no poco también a desplazarlos de sus viejos mercados.

Heródotos (I, 163), recogiendo tradiciones locales, atribuye a los naútas phókaios la

gloria de haber sido los primeros entre los griegos que tripulando, no naves pesadas de carga, como se solía, sino los grandes pentekóntoros (πεντηκόντοροι), o náufragos de cincuenta remos, se arriesgaron a largas travesías sobre mares difíciles de navegar por sus peligros o por su lejanía. Según el historiador halikarnassio, no sólo se atrevieron a cruzar por el Adriático — mar plagado en todo tiempo de piratas —, sino que, pasando al otro lado de Sicilia, surcaron con sus navíos, por vez primera, el mar tyrrhenio, el mar Ibérico, llegando, después de dejar atrás las Columnas Herákleas, a las ricas tierras de Tartessós, bañadas ya por las aguas misteriosas del Gran Océano (Οἱ δὲ Φωκαῖες οὗτοι ναυτιλήσει μακρῇσι πρῶτοι Ἑλλήνων ἐχρήσαντο, καὶ τὸν τε Ἀδρίην καὶ τὴν Τυρσηνίην καὶ τὴν Ἰβηρίην καὶ τὸν Ταρτησσὸν οὗτοι εἰσι οἱ καταδέξαντες). El texto de Heródotos exagera sin duda atribuyendo a los phókaios una primacía que es lo probable no les corresponda, al menos exclusivamente. Ya lo vimos en otro lugar.¹

¿Cuándo comenzaron estos phókaios a frecuentar el mercado de Tartessós? Del texto de Heródotos no se puede deducir un momento concreto; la noticia es en parte exagerada, y en todo caso muy imprecisa.² Indudablemente hay un lapsus de tiempo considerable entre la fecha asignable a los primeros viajes y descubrimientos de los phókaios y la noticia referente a Arganthonios y su intervención en la defensa de Phókaiá, de que más tarde se hablará. Entre ambas debe colocarse el episodio, también narrado por Heródotos y con el mismo carácter anecdótico y ocasional, de la nave samia capitaneada por Kolaíos, del que se hablará pocas líneas más adelante.

Volviendo al cálculo de la fecha probable en que los phókaios comenzaron sus tratos con el Occidente y ateniéndonos no sólo a la vaga noticia de Heródotos sino también a los testimonios arqueológicos, puede suponerse que aquellas visitas debieron comenzar en los primeros lustros del siglo VII. La fundación de Mainake, quizás existente ya a fines de este siglo, y la más segura de Massalía, creada hacia el 600, hacen muy probable este cálculo.

1. A. GARCÍA Y BELLIDO, *loc. cit.* Ni debieron ser los primeros en utilizar los grandes pentekóntoros, ni fueron — esto ya puede afirmarse — los primeros en navegar por el Mar Occidental. Los informadores del historiador halikarnassio, sin duda phókaios, deformaron la realidad en su favor. Pero sálvese de esta narración la seguridad de que, en tiempos todavía remotos, los navegantes phókaios desplegaron una actividad excepcional en estos mares. Los acontecimientos posteriores son la mejor prueba de la gran importancia que aquellas actividades debieron tener.

2. Para algunos, Bosch, p. e., vide «Problemas de la colonización griega en España», en la *Revista de Occidente*, 1929, considerando que esta noticia va asociada en Heródotos a la de Arganthonios, cuya vida corresponde a la primera mitad del siglo VI, sin ninguna duda, rebajan el comienzo de las navegaciones phókaias hacia Tartessós hasta fechas demasiado próximas, con ánimo, también, de hacerlas coincidir con la de la thalassokratia phókaiá, limitable — a juzgar por la famosa lista — entre el 584 y el 546. Pero estos cálculos son evidentemente erróneos. En primer lugar dejemos sentado que Heródotos no se preocupa en lo más mínimo de narrar las actividades de los phókaios en los lejanos mares de Occidente; que lo que acerca de ellas nos cuenta lo hace de pasada, ocasionalmente, y sólo como detalle precursor de la caída de la ciudad de Phókaiá en manos de los persas en el 546, punto principal y centro ideológico de su narración. Por ello no se refiere más que al episodio de Arganthonios como obligado antecedente al tema, que luego desarrolla, de las murallas de Phókaiá y de su posterior inutilidad ante el asedio persa. Por eso, también, en la narración de Heródotos parece como si los phókaios no hubiesen hecho más que un solo y casual viaje a Tartessós, aquel en que Arganthonios, ante la negativa (noticia también falsa si la hacemos anterior al momento de las guerras de Ciro) de los phókaios a establecerse en Tartessós, da a éstos dinero suficiente para construir murallas de su ciudad, que pronto había de ser atacada por los persas. Este núcleo narrativo es, por tanto, claramente referible a una fecha no muy lejana del 550. Pero, además, es fácil ver que Heródotos, para explicar a sus lectores el porqué y cómo estaban los phókaios en relación con Arganthonios y Tartessós, hace previa alusión, ocasional también, muy ligera y muy imprecisa por tanto, de los primeros viajes a Occidente, atribuyendo a los phókaios la primacía de ellos, cosa que es falsa, como demostramos (A. GARCÍA BELLIDO, *loc. cit.*). En esta última noticia hemos de distinguir, sin embargo, un núcleo histórico de fecha muy anterior a las anécdotas referidas sobre Arganthonios y las murallas de Phókaiá.

Entre el comienzo de estas actividades coloniales *phókaias* y la plena colonización media un espacio de tiempo, durante el cual los mercados occidentales debieron ser campos de tanteos y experiencias mercantiles para buen número de aventureros y negociantes. A esta etapa indecisa, en la que gentes nuevas — *phókaios* y de otras procedencias — comienzan a mezclarse y competir con *chalkidios*, *rhodios*, *kretenses*, que fueron los primeros en llegar hasta aquellos remotos países, a ese período sin nombre característico, en el que aun no había comenzado una colonización sistemática, en el que el Occidente era campo abierto para todo el que quisiera probar fortuna, pertenece el episodio que cuenta la estupenda aventura del samio Kolaíos.

2. EL VIAJE DE KOLAÍOS DE SAMOS A TARTESSÓS (HACIA EL 630). — Cuenta el historiador *halikarnassio* (IV, 152) que cierta nave samia, capitaneada por un tal Kolaíos, navegando rumbo a Egipto, fué desviada al O., viéndose forzada a tocar en el islote de Platea (pegado a la costa de la *Kyrenaiké*). De allí zarparon de nuevo en busca de las playas de Egipto, pero un fuerte temporal (el viento «apeliota», es decir el viento E.) les empujó durante varios días, hasta que, traspasadas las Columnas Herákleas, vinieron a dar de arribada en Tartessós (*Ἡρακλέας στήλας διεκπερήσαντες ἀπίκοντο ἐς Ταρτησσόν*). Los náufragos, tras hacer sus negocios con los indígenas, emprendieron el regreso a Samos, su patria. Fueron tales sus ganancias, que la décima parte de sus beneficios ascendieron a 6 talentos (unas 30,000 ptas. oro), con los que mandaron construir un magnífico caldero de bronce coronado de cabezas de «griphos» y sostenido por tres gigantes, también de bronce, de tal tamaño, que, aun arrodillados, medían 7 codos de alto. Este trípode, que, como se ve por la narración de Heródotos, era una gran obra de arte, fué llevado como piadoso exvoto al célebre santuario de Hera, al famoso Heraion de Samos, en acción de gracias por el feliz regreso logrado tras aquel largo y accidentadísimo viaje. Como la narración del historiador griego coloca esta asombrosa aventura poco antes de la fundación de Kyrene, que se fecha hacia el 630, no es arriesgado suponer el mismo año 630 (o algo antes) como data aproximada para el viaje de Kolaíos de Samos.

Mas el texto de Heródotos, si se toma al pie de la letra, es inaceptable como narración verídica. Atravesar el Mediterráneo de E. a O. sin tropezar con tierras de Sicilia, sur de Italia o de Túnez, es una aventura virtualmente imposible. Sin embargo, a nuestro modo de ver, no hay que atribuir a la narración de Heródotos un sentido histórico estricto — pues evidentemente no lo tiene —, sino un valor históricoleyendario (en el que es preciso ver incluso un velado recuerdo de la *Odyssea*), del que ha de entresacarse el núcleo histórico que le sirvió de base. El fantástico viaje de las gentes del mítico *Tlepólemos* a las Baleares y Tartessós, que ya analizamos en otra ocasión,¹ fué también, como el de Kolaíos, debido al impetuoso y tenaz viento del E., que sin descanso lo transportó de Kreta a las islas ibéricas.² La navegación por Occidente debió dar lugar a muchas aventuras y peripecias anónimas que, concretadas más tarde en un personaje de nombre conocido y conservado, dió lugar a narraciones semihistóricas, seminovelescas. La llegada a Samos de una nave que al mando de Kolaíos trajo del lejano Occidente, de Tartessós, un cuantioso tesoro (60 talentos = 1,572 kg. de plata = 300,000 ptas. oro), causó tal asombro entre sus contemporáneos, que sobre este acontecimiento y este nombre confluyeron peripecias y aventuras pasadas, de gente ya anónima, dando lugar a la deformación histórica del hecho principal. Éste, a nuestro juicio, no fué sino uno — quizás el más afortunado — de los muchos viajes que durante el siglo VII se debieron hacer hacia Tartessós, tanto por *phó-*

1. *Loc. cit.*, pág. 108.

2. *Epítome*, del Ps. Apollódoros, VI, 15, E.

keos, rhodios, chalkidios y samios, como por cualquier otro de los muchos grupos griegos dedicados entonces tanto a empresas piráticas como a la apertura de mercados y a la creación de emporios comerciales.

No sabemos qué derivaciones tuvo el famoso viaje de Kolaíos, ni si los samios se siguieron beneficiando con nuevas visitas a Tartessós. El hecho es que siguen siendo los phókaios los que, después de aquel afortunado viaje, van estrechando más y más sus lazos con Tartessós y que, en general, son los únicos que durante los siglos VII y la primera mitad del VI, navegan, comercian y fundan colonias en la cinta litoral más alejada del Mediterráneo. Por lo demás, el texto de Heródotos tiene para nosotros el doble valor de ser el primer texto concreto de nuestra Historia y el de transmitirnos el único nombre «oficial» llegado a nosotros de aquella serie de «colonos» griegos que nos descubrieron para sí. Pero adviértase que no fué Kolaíos el primer descubridor griego, sino nada más que el primero de nombre conocido. El de Meidókritos¹ no reúne estas condiciones.

3. TARTESSÓS, ARGANTHONIOS Y LOS PHÓKAIOS. — El texto de Heródotos sobre Kolaíos es el único relativamente detallado que acerca de las navegaciones griegas por nuestras costas ha llegado a nosotros. Esto hace que los viajes de los phókaios, más sistemáticos y permanentes, queden algo empequeñecidos por no tener la fortuna de haber sido objeto de una narración por el estilo. Pero nos interesa hacer hincapié en la importancia que corresponde en verdad a cada uno de ellos dentro del momento histórico que queremos reconstruir. El viaje de Kolaíos (con ser para nosotros de un interés extraordinario dada la escasez de noticias que sobre estos hechos nos han llegado) no es otra cosa que una simple anécdota, una viaje casual y aislado, una peripecia marina, como tantas otras, sin apreciables consecuencias. De los samios no vuelven a hablar los textos para nada en estos lejanos mares y en fechas sucesivas. Los datos arqueológicos tampoco nos mueven a su recuerdo.² A su lado aparece la actuación phókaia como una obra consciente, sistemática y trascendente; y es ella la única que en estos lejanos mares del Occidente producirá un fruto duradero. Volvamos, pues, a los phókaios.

Es de nuevo a Heródotos a quien hemos de agradecer las noticias. Según él (I, 163) los phókaios lograron entablar relaciones muy cordiales con el famoso rey tartessio Arganthonios.³ La amistad entre Arganthonios, el rey filheleno de Tartessós y los navegantes phókaios, tan breve pero expresivamente descrita por Heródotos, es un dato valiosísimo para fijar con gran aproximación la fecha en que estas relaciones, muy remotas en su origen, comenzaron a adquirir ese carácter firme y seguro con que han llegado a nosotros. La tradición nos ha conservado datos, de fuente casi tan vieja como los mismos hechos, por los que sabemos que este famoso Arganthonios había muerto hacia el 550 (Heródotos, I, 163) y que su vida, de una longevidad que se hizo muy pronto proverbial entre los mismos griegos, había sobrepasado los 120 años.⁴ Así, pues, su vida comenzaría hacia

1. Véase A. GARCÍA Y BELLIDO, *loc. cit.*, pág. 126.

2. La bella figurita de bronce de mediados del siglo VI, que de la Biblioteca Nacional pasó al Museo Arqueológico de Madrid (lám. 1), ni es samia ni es tampoco muy seguro que sea un hallazgo español. Vide A. GARCÍA Y BELLIDO, *Hallazgos griegos de España*, pág. 33.

3. Se ha advertido, con razón, que el texto de Heródotos no precisa si esta amistad se anudó en un solo viaje o fué el natural resultado de viejas y tradicionales relaciones comerciales. Pero es indudable que aunque el texto no sea claro a este respecto, hemos de suponer como seguro que alude a viajes frecuentes ya desde tiempos remotos. Luego veremos cómo los hallazgos arqueológicos apoyan esta interpretación, aparte de que la fundación de Mainake, la colonia phókaia más avanzada en el reino de Tartessós, no es concebible sin una serie de viajes frecuentes y sistemáticos. Este punto nos parece completamente dilucidado.

4. El gran lírico Anakréon, una generación posterior a Arganthonios, le atribuye una vida de 150 años (Strabon, III, 2, 14, que copia los versos del poeta, y Plinius, VII, 154). Silius Italicus, III,

el 670. Mas como, según el mismo Heródotos (I, 163), reinó ochenta años, su gobierno debió comenzar hacia el 630, fecha quizá algo posterior a la llegada a Tartessos de Kolaíos el samio, que no parece — juzgando «ex silentio» — haberle conocido. Si los phókaios sostenían una vieja amistad con Arganthonios (rey o dinastía, que no hace ni deshace), es verosímil que esta amistad se iniciase a fines del siglo VII. Tenemos, pues, en esta fecha una referencia cronológica bastante precisa para el comienzo de la fase más intensa en las relaciones comerciales entre phókaios y tartessios. Como esta amistad perduraba por los años mediados del siglo VI, en la época de la conquista de la Jonia por los persas, el trato con los griegos puede calcularse como particularmente intenso hasta la caída de Phókaiá (hacia el 546), fecha en que los jonios aun se hubiesen trasladado a Andalucía si no hubiese sido por la muerte, acaecida por entonces, de su protector (Heródotos, I, 165).

Este parece ser el esqueleto de los hechos, juzgando por los escasos y confusos testimonios escritos llegados a nuestros días. ¿Qué testimonios materiales tenemos de la veracidad de este armazón histórico? El hallazgo del casco griego arcaico, acaecido en 1938 en las cercanías de Jerez, entre esta ciudad y Cádiz, a orillas del Guadalete (fig. 3), coincide, por su fecha — último cuarto del siglo VII — con los años primeros del reinado de Arganthonios; es, por tanto, contemporáneo, por poco más o menos, de la arribada a Tartessos de aquella nave samia que capitaneaba Kolaíos y del comienzo de aquellas cordiales relaciones entre los phókaios y Arganthonios. Nótese, además, la cercanía del lugar de este importante hallazgo con Tartessos, Mainake y Gádir, las tres ciudades más importantes, entonces, de Andalucía. Algo más recientes son: Un grifo (lám. I-2) de procedencia probablemente andaluza y datable hacia el 600; los restos de un oinochoe rhodio, hallado en la provincia de Granada (lám. II-1) y datable en la primera mitad del siglo VI; el casco korinthio de Huelva (lám. II-2), quizás venido poco antes de Alalfe, y, finalmente, el Kéntauros de Rollos y el Sátiro del Llano de la Consolación, ambos de la provincia de Albacete (lám. III), de mediados del siglo VI.¹

Todos estos hallazgos, que van desde el último cuarto del siglo VII hasta la fecha crítica de Alalfe (hacia el 535), y desde Huelva hasta el cabo de la Nao, son el mejor testimonio de la veracidad de los textos arriba citados y del cálculo cronológico hecho sobre ellos. La coincidencia es absoluta.

Si estas relaciones eran tan cordiales como los testimonios escritos nos refieren, es natural encontrar ya en los mismos textos antiguos noticias acerca de ciertas colonias, factorías o puntos de escala griegos en la ruta de Tartessos. La necesidad de una fundación colonial que sirviera de apoyo y de plaza mercantil en un lugar cercano al gran emporio tartessio, se tuvo que hacer sentir, naturalmente, desde el punto y hora en que los phókaios comenzaron sus transacciones con los indígenas. Mainake, la colonia griega más occidental de la «oikoumene», fundada cerca de las bocas del Atlántico y unida por

398, utilizando fuentes quizás de origen indígena, le atribuye nada menos que 300 años; que calculados en la mitad, por no ser, evidentemente, años solares, representarían unos 150. Una vida de algo más de cien años no es nada imposible. Pero, a juicio de algunos, ha de interpretarse este caso como una sucesión de dos reyes del mismo nombre o como el reinado de una dinastía. Para los 120 años que da Heródotos, no lo creemos necesario. Para los 150 de Anakréon, sí, por ser ya casi imposible una longevidad tan grande.

1. Para los hallazgos arqueológicos citados consúltese GARCÍA Y BELLIDO, *Los hallazgos griegos de España*; el mismo, «Nuevos hallazgos de objetos griegos acaecidos en España», en *Investigación y Progreso*, 1-2, 1940. C. PEMÁN, *Hallazgo de un casco griego en el Guadalete*, 1938, véase más bibliografía en la nota de la pág. 69 de este trabajo. De hallazgos numismáticos de estas fechas y en el sur de la Península no hay nada concreto, pues el magnífico monetario griego que en 1859 constaba en poder de un anticuario de Cádiz, no sabemos qué ejemplares contenía ni aun siquiera si fueron hallados en la región.

una carretera a Tartessós, nació y vivió para cumplir y satisfacer tal necesidad. Por ello su fecha de nacimiento ha de colocarse muy poco después del primer contacto entre griegos y tartessios. A fines del siglo VII Mainake debía estar ya fundada. Otra colonia conocida también por los textos y tan vieja si no más que Mainake, fué Hemeroskopeon, cerca del cabo de la Nao y en el extremo oriental de la gran confederación tartessia. Dada su situación estratégica, al fin de la ruta interinsular y al comienzo de la que conducía al gran emporio del Betis, sus principios pueden muy bien retrotraerse a la época prephókaia.¹ De todos modos es gracias a los phókaios por lo que entra en la historia.

Los textos antiguos no nos han conservado con el nombre de colonias griegas en el sur y sudeste de España más que las dos citadas; empero tradiciones o recuerdos poco precisos parecen indicar la existencia de algunas otras ciudades, que bien por su vida efímera, bien por su escasa categoría, no han conservado de griegas más que el nombre con que han llegado a nosotros, sin que sepamos más de su historia. Estas son, de este a oeste y a partir de Hemeroskopeon: Oinoússa, Molýbdana, Ábdera y Herákleia. Si no fueron colonias, sino simples puntos de escala o de carga de minerales o transformaciones griegas de homofónicos indígenas, no es posible saberlo. Casos semejantes hallaremos en la zona que va del Ebro al Pirineo. Nosotros nos inclinamos a ver en estas ciudades de nombre griego simples embriones de colonias, puntos de escala o, si se prefiere, especies de «concesiones», como decimos hoy. (Vide más adelante, pág. 77).

Por el lado atlántico, al otro lado de las Columnas Herákleas, no parece que los phókaios llegasen a fundar colonias o factorías, lo cual no deja de ser extraño a primera vista; pues si, como las referencias literarias dicen, el móvil principal era el comercio de metales con Tartessós, lo natural era esperar una colonia griega al otro lado del Estrecho. Es decir, que los phókaios debieron de haber hecho algo semejante a lo que los púnicos hicieron al fundar Gádir en las cercanías de las bocas del Betis. Mas como no fué así, ¿a qué se debe esta inconsecuencia? Sin duda a dificultades casi insuperables que a la larga determinaron incluso un cambio de rumbo en la colonización phókaia en Occidente, como a su tiempo veremos.

Estas dificultades partían del exclusivismo comercial de los púnicos, que de siglos atrás y gracias a las posiciones privilegiadas de sus factorías o colonias, que dominaban el Estrecho en ambas orillas, hicieron difícil, desde el primer momento, la arribada de las naves griegas al rico emporio tartessio. Los encuentros entre navíos griegos y púnicos debían ser harto frecuentes y no siempre afortunados para los primeros. Sobre la total ignorancia que acerca de este aspecto se tiene, sólo un texto, no muy claro tampoco, de Thoukydides (I, 13), viene a arrojar cierta débil luz. Dícenos en él que hacia el 600 hubo un encuentro entre naves phókaias y carthaginesas (no dice dónde). Si bien salieron victoriosas las naos jonias, ni éste ni triunfos parecidos bastaron para dejar expedito el Estrecho; pues la fuerza de los púnicos en él radicaba más que en el número y potencia de sus naves, en la magnífica situación de sus colonias fretanas, y Gádir fué siempre púnica. En este sentido la clausura del Estrecho data de fecha muy anterior a la de Alalé (hacia el 540). En realidad podría decirse que siempre estuvo virtualmente cerrado. La fundación de una colonia en la costa mediterránea, como Mainake, y no en las playas atlánticas, como Gádir, nos parece la prueba más evidente de este estado de cosas. Mainake, la colonia griega más avanzada en el Occidente, como más tarde ha de recordarnos Éphoros, apuntaba por sus intereses vitales a Tartessós, es decir al otro

1. Véase A. GARCÍA Y BELLIDO, *Las primeras navegaciones griegas a Iberia*, pág. 118.

lado de las Columnas, pero tímidamente, quedándose solo en sus cercanías, a una distancia prudencial y frente a un mar que, al contrario de lo que ocurría con el mar gaditano, podía considerarse casi libre para los griegos. Gracias al camino terrestre que le unía con la cuenca inferior del Guadalquivir (Avienus, versos 178-182), vale decir con el centro comercial de Tartessos, podían los *phókaios* traficar sin necesidad de exponer sus naves y mercancías a la codicia siempre acechante de los púnicos dominadores del Estrecho. Su desaparición tras Alalíe es prueba indirecta de su única razón de existir, el comercio con Tartessos. Lo mismo vale suponer su muerte por la ruina de este gran emporio que por la de *Phókaiá*. Faltando una de ambas, Mainake no significaba nada para los griegos.

Mainake y Hemeroskopeión deben tenerse, ya lo hemos dicho, como las más antiguas colonias griegas de Occidente, datables en su origen en fecha anterior al 600. Después de ellas, los *phókaios*, que ya de antiguo y siguiendo rutas de antes conocidas venían visitando las costas provenzales, y ante el temor, siempre presente, de un golpe *carthaginés* contra sus intereses *tartéssicos* (Gadir y Ébysos marcaron constantemente los dos puntos más vulnerables de la ruta griega hacia las Columnas), comenzaron a interesarse por las tierras del Rhódano. El año 600, reinando Arganthonios en Tartessos, y no obstante su amistad, en lugar de ampliar y reforzar sus bases en Andalucía, los *phókaios* prefieren comenzar en la Provenza un nuevo imperio colonial de más seguro porvenir. Y a ello se dedicaron en la VI centuria. Nosotros, como Meltzer¹ y Jullian², vemos en ello un signo de la debilidad griega frente al poderío *carthaginés*, siempre firme en el sur de la Península.³

4. MASSALÍA Y LA COLONIZACIÓN *PHÓKAIA* EN EL NORDESTE DE LA PENÍNSULA. — El comercio *phókaió* con Tartessos fué siempre difícil, como hemos visto en el párrafo anterior. La permeabilidad del Estrecho para las naves jónicas era constantemente problemática. Mainake, aunque discretamente apartada de él, estaba aún demasiado próxima a las rutas púnicas, y demasiado aislada en el lejano occidente para que los *phókaios* se sintiesen confiados del porvenir que aguardaba al comercio griego con Tartessos. Por otra parte, Arganthonios, cordial amigo de los *phókaios*, no era dueño absoluto de su Imperio. Tenía que contar también con los púnicos, que, junto a él, y de muchos siglos atrás, vivían e intervenían. El filhelenismo de Arganthonios no podía ser suficiente garantía para los griegos, pues, quizás, y sin duda contra la propia voluntad del rey de Tartessos, estaban los intereses creados por los rapaces comerciantes *carthagineses*. Es más, probablemente esta amistad y predilección de Arganthonios por los *phókaios* era, en parte, interesada. Arganthonios pudo ver en los griegos los posibles liberadores de su reino, demasiado intervenido por la avaricia semítica de sus vecinos gaditanos. Pero éstos firmemente instalados en Gádir, «La fortaleza», eran difícilmente desplazables de ella y de las posiciones ya conquistadas.

Por si fuese poco la vía del puente de islas, el camino de los nombres en *-oussa*⁴ seguida desde remotos tiempos y utilizada también en un principio por los *phókaios*, estaba ya desde mediados del siglo VII gravemente amenazada por los fenicios y *carthagineses*. Éstos, hacia el 650, habían sentado sus plantas sobre la isla de Ibiza; es decir, sobre uno

1. *Geschichte der Karthager*, I, pág. 168.

2. *Histoire de la Gaule*, I, pág. 199.

3. Ambos autores lo atribuyen al cierre efectivo del Estrecho por causa de una supuesta batalla victoriosa para los *carthagineses* en sus cercanías. Nuestra opinión es otra, como se ha visto. Ambas, sin embargo, coinciden en lo fundamental.

4. Véase A. GARCÍA Y BELLIDO, *loc. cit.*, pág. 118.

de los eslabones de la cadena que unía la Península con el sur de Italia y Sicilia. Desde esta base y en un momento dado los púnicos podían dificultar o interrumpir el paso de los navíos griegos que de las Baleares pasasen a Hemeroskopeión, o viceversa. En el extremo occidental de Sicilia estaban también establecidos. La isla de Córcega, otro eslabón importante de la cadena, se hallaba igualmente bajo la influencia del poder marítimo de Carthago, que no tardará muchos años en acometer su conquista efectiva por medio de las armas.

Al advertir los phókaios las dificultades crecientes que iban surgiendo tanto en las cercanías de las Columnas Herákleas como a lo largo de la antigua ruta interinsular, comenzaron a poner sus miras en tierras de porvenir más seguro.

Simultáneamente a los viajes de Tartessós por el puente de islas, los navegantes de Phókaia, como sus antecesores, negociaban también con las tierras ligures comprendidas entre las estribaciones de los Alpes Marítimos y las Bocas del Rhódano. Una cadena de islas costeras, las Stoichades, facilitaban el comercio con los naturales, de los que los griegos adquirían productos llegados a ellas por vía fluvial desde lugares muy metidos tierra adentro. La posibilidad de fundar en aquellos parajes una serie de colonias que encauzaran esta corriente mercantil de productos, permitió a los griegos buscar en ellas una compensación al inseguro y peligroso comercio con Tartessós.

A fines del siglo VII estaba todo en sazón para fundar una colonia en las cercanías del Rhódano. Consultados los oráculos, parten los jonios phókaios, bajo la dirección de los oikistas Simos y Protis, hacia el lejano Occidente, llevando como protectora a la Artemis ephesia.¹ El año 600, poco más o menos, surge en una hermosa rada natural la ciudad que llamaron Massalía (Μασσαλία), destinada a ser heredera de la metrópoli y uno de los más brillantes focos de la cultura griega en Occidente.²

Massalía fué el centro de irradiación de una gran actividad colonial que procuró desde el primer momento extender su influencia por las costas sitas al sur del cabo de Creus, con ánimo sin duda de enlazar por esta vía con las colonias hermanas del sur y sureste de la Península.

Las fundaciones phókaias de esta época demuestran lo mismo, es decir, que a comienzos del siglo VI el interés comercial se había desviado de Tartessós en busca de emporios, si bien menos ricos, más fáciles de explotar y más seguros. Cuarenta años después de la fundación de Massalía, crean en Córcega otra colonia puente para el nuevo derrotero del Rhódano, Alalfe, destinada a ser por breve tiempo capital del Imperio colonial phókaios en Occidente. Quizás Olbía, al noreste de Cerdeña y en tierras por tanto al margen de las influencias carthaginesas (cuando la conquista de la isla por los púnicos esta zona norte quedó sin dominar, refugiándose en ella cierto número de prófugos balearicos y libyos), pudo servirles también de escala en la misma ruta.

Mas como, a pesar de todas las dificultades, Tartessós continuaba siendo para los griegos un emporio de sumo interés, la tendencia de los phókaios fué entonces enlazar por el norte con las factorías del Mediodía de España, navegando a lo largo de las costas de Levante y eludiendo así Cerdeña y Baleares, entonces bajo la hegemonía carthaginesa.

1. La tradición fué recogida, con ligeras diferencias, principalmente por Aristóteles (apud *Athenaios*, XIII, pág. 576 a), Pompeius Trogus (en Justinus, XLIII, 3) y Strabon (IV, I, 4).

2. Para la fundación de Massalía, aparte de las obras generales de Busolt, Beloch, Julian, véanse los trabajos de CONSTANS, *Esquisse d'une histoire de la Basse-Provence dans l'Antiquité*, Marseille, 1923; CLERC, *Massalia*, I, Marseille, 1927, y el artículo de WACKERNAGEL, en *Pauly-Wissowa-Kroll*, 1930. Para los hallazgos arqueológicos del sur de las Galias, principalmente JACOBSTHAL y NEUFFER, «*Gallia Graeca. Recherches sur l'hellénisation de la Provence*», *Préhistoire*, t. II, fasc. I, 1933.

A ello obedeció en parte la fundación de algunas colonias y factorías escalonadas a lo largo de las playas que van del Rhódano hasta el Pirineo y de aquí hasta el Ebro y el cabo de La Nao. La más importante de estas fundaciones fué sin duda la de Emporion, nacida poco antes del 550, tímidamente, en un islote costero, no lejos de un establecimiento griego, muy anterior, el de Rhode, fundado al parecer por los rhodios en período prephókaio.¹ En fechas desconocidas, pero anteriores al 535 (fecha aproximada de la batalla de Alalíe), existían otras factorías más escalonadas desde el cabo de Creus hasta el Ebro. Sus nombres inducen a tenerlas como fundaciones griegas. De todos modos su historia se pierde a partir de Alalíe. Tales son, de norte a sur, la de Pyrene, Kypsela, Salauris y Lebedontia (vide más adelante, pág. 77).

Los testimonios arqueológicos para esta zona y en esta fecha anterior al 535 son todos de la región emporitana. De Emporion mismo sus importantes hallazgos demuestran que su fundación debe datarse sin duda en los años mediados del siglo VI. En cuanto a los tesoros monetarios hallados en Pont de Molins y Ampurias contenían ejemplares mikrasiáticos arcaicos de estas mismas fechas.²

No es fácil calcular la repercusión que tuvieron en Occidente, sobre todo por lo que toca al desarrollo de este naciente Imperio colonial phókaio, las luchas de Nebukadnezar de Babylonia contra Tyro, a comienzos del siglo VI. Éstas duraron unos trece años; y aunque la ciudad no capituló, salió del prolongado cerco tan decaída, que su ruina definitiva data de aquellas fechas (586-573). Quizá se haya exagerado mucho la importancia de este acontecimiento para la expansión del comercio phókaio. Si bien los jonios se aprovecharon en lo posible de tan favorable coyuntura, no pudo ser por mucho tiempo, pues Carthago, aunque colonia tyria, ya constituía de por sí y desde tiempo atrás, un emporio autónomo fuerte y rico que sólo nominalmente dependía de su metrópoli. Caída ésta, Carthago vino a ocupar al punto su puesto en Occidente, adelantándose en medio siglo a lo que Massalía debía de hacer tras la caída definitiva del imperio phókaio en la batalla naval de Alalíe. En este aspecto el paralelismo entre las dos grandes y rivales colonias no puede ser más exacto. Y así como al desastre de Alalíe sucedió el auge de Massalía como cabeza y heredera del imperio colonial phókaio, del mismo modo Carthago empuñó pronto en sus manos las riendas del imperio colonial tyrio, convirtiéndose en cabeza y metrópoli del resto de las colonias hermanas.

El *statu quo* del Mediterráneo occidental no debió experimentar, por tanto, una alteración muy profunda por la caída de Tyro en 573. Nosotros, al menos, no vemos signos de esta alteración. Los phókaios siguieron su camino colonizador en Provenza ya iniciado en el 600; y en el mediodía de la Península continuaron sus buenas relaciones con Arganthonios. Si el Estrecho Herákleo se hizo entonces más permeable a las naos griegas, no lo sabemos de cierto.

La llamada «thalassokratía» phókaia suele datarse aproximadamente desde la caída de Tyro hasta Alalíe (573 a 535), y sucede en la famosa lista de Diódoros (VII, 13) a la de los lesbios. Pero como de esta «thalassokratía» phókaia no tenemos más dato seguro que el de su muerte (Alalíe, hacia el 535 o poco antes, en la caída de la metrópoli en el 546), no es posible deducir si se ejerció en forzar y abrir el Estrecho a sus naves o más bien en asegurarse el dominio del mar provenzal y tyrrhenio contra carthagineses, etruscos y ligures.

Los hechos hablan en favor de esta última interpretación. Pues mientras en el me-

1. Vide A. GARCÍA Y BELLIDO, *loc. cit.*, pág. 107.

2. Vide A. GARCÍA Y BELLIDO, *Los hallazgos griegos de España*.

diodíada de la Península no aparecen nuevas colonias (que sepamos), en la ruta a Massalia se funda, precisamente en aquellos años primeros de la «thalassokratía» la colonia de Alalíe en Córcega (hacia el 565), frente a Etruria. Ello es índice claro de la dirección marcada por los intereses phókaios que, en definitiva, era la misma que ya llevaban desde el año 600 en que se fundó Massalia y, por tanto, desde mucho antes de la caída de Tyro. Alalíe, destinada a ser testigo de una de las acciones más tristes de la historia del Mediterráneo Occidental, fué fundada veinte años antes de la caída de Phókaia (Heródotos, I, 165). Olbía, en el noreste de Cerdeña (probablemente fundación phókaia), Emporion, Mónoikos, Thelina y los establecimientos menores (Pyrene, Kallípolis, Kypsela, etc.), son otros tantos índices de la misma tendencia expansiva hacia las costas provenzales y catalanas. La coalición de etruscos y carthagineses indica lo mismo, que era el mar tyrrhenio el objeto principal de la «thalassokratía» phókaia y no las Columnas. Y finalmente, el lugar del traslado de los phókaios a la caída de su ciudad ante los persas, y el de la batalla naval en que se dilucidó la suerte de los refugiados phókaios en Occidente, Alalíe, es la prueba más fehaciente de que el centro de gravedad de la Historia en aquellas fechas no era el Estrecho de Heraklés, bien sujeto en manos de los púnicos desde fines del segundo milenio y fuera de cuestión por el forzado abandono de los griegos, sino el mar tyrrhenio y ligur, que por entonces era el teatro principal de la expansión phókaia iniciada allí a comienzos del siglo VI.

II

LAS COLONIAS

Dice Heródotos (I, 163) que Arganthonios invitó a los griegos a instalarse en sus tierras y que los invitados rechazaron el ofrecimiento de hospitalidad brindado por el rey tartessio. Los phókaios, sin embargo, se hallaban establecidos ya en distintos puntos de la costa comprendida entre el cabo de La Nao y el estrecho de Gibraltar; es decir, justamente en toda la extensión de lo que por entonces debía constituir la federación o Imperio Tartessio. Otros textos lo confirman, como en seguida veremos.

¿Cómo explicar esta contradicción? Fácilmente. Tal contradicción no existe en realidad, es sólo aparente, pues Heródotos al hablar de esta invitación rechazada se refiere únicamente al último momento de Phókaia, a aquél en que viendo los jonios cernirse sobre su ciudad la esclavitud o la destrucción, y habiendo notificado a su protector Arganthonios sus temores, éste les ofrece, para el caso en que tuvieran que evacuarla, su hospitalidad. Del sentido del contexto se desprende claramente que el ofrecimiento no fué el de fundar colonias simplemente, sino el del traslado en masa de la población de Phókaia a Tartessos. Éste traslado fué el que rechazaron los phókaios, pues quizás aún tenían algunas esperanzas. Pero — añade el mismo Heródotos — viendo que el poder de los persas era cada vez más amenazador, Arganthonios dióles dinero en abundancia para reforzar las defensas de la ciudad. Cuando cayó Phókaia en manos de los persas (546), los griegos se acordaron del ofrecimiento de Arganthonios, ya era tarde. Su protector había muerto (Heródotos, I, 165).

Intentemos ahora, a la luz de las pocas referencias escritas y de los insuficientes testimonios arqueológicos conocidos, reconstruir en lo posible el cuadro general y particular de estas factorías phókaias en España. Las consideraremos en sus dos grupos principales, el del mediodía y el del nordeste de la Península.

I. COLONIAS Y FACTORÍAS PHÓKAIAI EN EL SUR Y SUDESTE DE ESPAÑA: MAINAKE, HEMEROSKOPEÍON Y OTRAS. — *Mainake*. — Los textos hablan con poca precisión de una ciudad, *Mainake* (Μαινάκη), situada, al parecer, unos kilómetros al este de Málaga. El Periplo base de la *Ora* dice (verso 427) que estaba en las bocas de un río probablemente del mismo nombre que la ciudad. (Malacha llama, sin duda equivocadamente, Avienus a este río, atraído por la semejanza con Málaga o Málaga.) Quizás proceda de Éphoros la mención que Stéphanos Byzantino hace, aunque erróneamente, de *Mainake*, que la llama céltica (Μαινάκη, κελτική πόλις). El Periplo, en rigor, no dice que fuera colonia griega. Esta noticia procede de Éphoros (siglo IV), quien afirma que *Mainake* era la más occidental de todas las ciudades griegas, αὕτη πρὸς Εὐρώπην δὲ τῶν Ἑλληνίδων πόλεων ἀπασῶν εσχάτην ἔχει θέσιν (en Skymnos, 146 y siguientes). Strabon, por su parte, repite la expresión, añadiendo que era ciudad phókaia. (Μαινάκη ἦν ὑστάτην τῶν Φωκαϊκῶν πόλεων πρὸς δύσει κειμένην παρῆλθαμεν, Strabon, III, 4, 2.) Otra mención, procedente sin duda de Poseidonios o de Artemíodoros de Éphesos (apud Strabon, III, 4, 2), deshace el error, por lo visto, corriente en la antigüedad, de confundirla con Málaga.¹

Parece ser que su nombre no es griego; pudo derivarse del de la ciudad indígena Maínoba (Μαίνωβα, Strabon, III, 2, 5; Ptol. II, 4, 7), o Mainóbora (Μαινόβωρα, Hekataios apud Stéphanos), que aun subsistía en plena época imperial y en aquel mismo lugar. (Mela II, 94, la llama Maenoba; Plin. III, 8, Maenuba, con río.) El Periplo añade que la ciudad de *Mainake* estaba en tierra firme sobre una altura, y que frente a ella existía una isla con una marisma y puerto seguro. ¿En qué situación recíproca se hallarían griegos e indígenas? *Mainake*, más que una colonia, estrictamente hablando, parece fué una especie de concesión dentro de dominios tartessios, pues el Periplo no solamente pasa por alto su carácter colonial — omisión muy extraña —, sino que expresamente añade que aquella isla, con su buen puerto (precisamente las cosas que más tenían que interesar a los nautas jonios), estaba bajo el dominio de los tartessios («*tartessiorum iuris*»). Tal aclaración del Periplo se ha solido poner en relación con los vecinos Massienos, cuyos dominios limitaban por aquellos lugares con los tartessios. (Μαινόβωρα πόλις Μασσηνῶν, Hekataios en Stéphanos Byz.) Nosotros vemos más bien una aclaración referente a la situación jurídica de los griegos de *Mainake* en relación con los tartessios. Según ello parece deducirse que aquellos no eran dueños del puerto — del cual, no obstante, se servirían — ni de la isla, gozando sólo de una concesión cercana a la ciudad (como el caso de Emporion), para su tráfico comercial. El carácter sagrado de la isla (Noctiluca la llama el Periplo, es decir que estaba consagrada a la Luna) explica también esta excepción.

Sobre la fecha aproximada de su fundación, o mejor, del establecimiento de la concesión, ya hemos dicho por qué debe ser anterior al año 600 (vide atrás, pág. 61). En cuanto al título de massaliota que Éphoros da a *Mainake* (Μασσαλιωτική πόλις, Skym. 146), débese al papel metropolitano asumido por Massalía tras la caída de Phókaia. Éste caso volveremos a encontrarlo en Hemeroskopeíon, y es perfectamente explicable.

Por lo que atañe a la situación de *Mainake*, a pesar de lo que se ha dicho y escrito, nada hay seguro mientras no se hallen vestigios fidedignos. Que estaba cerca de Vélez Málaga o algo más al este, parece seguro. Para Fernández-Guerra,² *Mainake* estuvo donde hoy Aumunécar (fig. 1), en cuyo peñón, algibe y ermita de San Cristóbal creyó reconocer el

1. Schulten, basándose en este texto, dedujo que Maínake fué trazada a cordel, siendo, por tanto, un precedente, el más viejo, del trazado urbanístico creado por Hippódamos de Miletos. Es una violenta torsión del texto que ya fué convenientemente impugnada por von Gerkan en 1924, *Griechische Städteanlagen*, pág. 36, nota 6.

2. Discurso contestación a Rada y Delgado, Acad. Historia, 1875, pág. 135.

islote, el estanque (ambos mencionados por la *Ora*) y el santuario (que es preciso suponer); acerca de éste aduce la existencia de ciertos cimientos que pudieron ser del templo de la Luna. La punta de San Cristóbal avanza hacia el sur, y está flanqueada por dos playas que sirven de fondeaderos.¹ El nombre de Al-Muñécar se ha solido relacionar con un supuesto Al-Menaka. Los geógrafos árabes, sin embargo, explican Almuñécar como

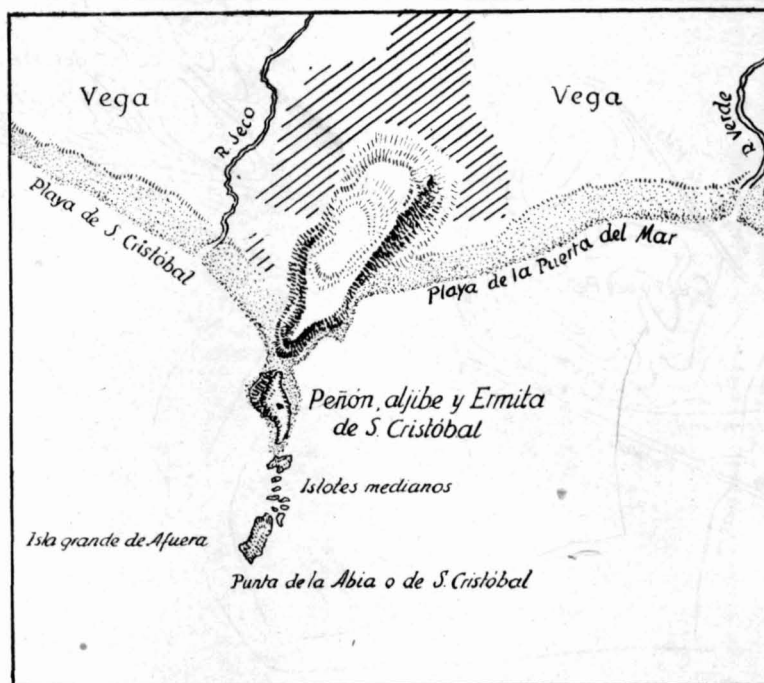


Fig. 1. — Plano de Almuñécar (Mainake ?) y sus contornos

al-munakkab, que significaría la ciudad «franqueada», la que se deja a la espalda.² Si este nombre lo impusieron los árabes, o acomodaron nombre anterior y después explicaron su etimología arreglada, no es fácil saberlo.³

Schulten, reconstituyendo el trazado antiguo de la costa, ha creído hallar su emplazamiento (fig. 2) junto a la Torre del Mar (28 kilómetros al este de Málaga), donde pudo existir una isla baja, hoy incorporada a tierra firme.⁴ Falta comprobar la suposición arqueológicamente. De todos modos, de la ciudad nada habrá de hallarse, pues el lugar donde ésta pudo existir es un cerro pelado en roca viva. El hallazgo de la necrópolis sería el único hecho determinante, y ésta no pudo ser grande por el escaso volumen de su población y su corta vida. El mismo Schulten lo reconoce así.

En cuanto al final de Mainake nada en concreto se sabe. Hacia el año 100 antes de Jesucristo, era ya un montón de ruinas, según referencias de Artemídeos o de Poseidonio (ambos estuvieron en España) recogidas por Strabon (III, 4, 2); sus vestigios, según

1. *Derrotero del Mediterráneo de la Dirección de Hidrografía*, Madrid, 1883, t. I, pág. 179.

2. Yāqūt, *Diccionario Geográfico*, edic. Wüstenfeld, Leipzig, 1866 y sigs., vol. IV, pág. 671.

3. Debemos esta nota a los arabistas señores Asín y González-Palencia, a los que damos aquí de nuevo las gracias por su amable comunicación.

4. Véase Tartessós, pág. 61, y *Archäol. Anzeiger*, 1923, *Forschungen und Fortschritte*, 1939.

este texto, presentaban aún indicios de haber pertenecido a una ciudad griega (τὰ δ' ἔχνη σώζουσα Ἑλληνικῆς πόλεως). Sobre las causas de su destrucción o ruina tampoco se sabe nada. Es posible que fuera debida a los carthagineses, en cuyo caso lo más aceptable sería situar su fin a renglón seguido de la derrota de Alalíe, es decir, después del 535. Mas pudo ser también destruída por los indígenas. El que Strabon mencione la ciudad indígena

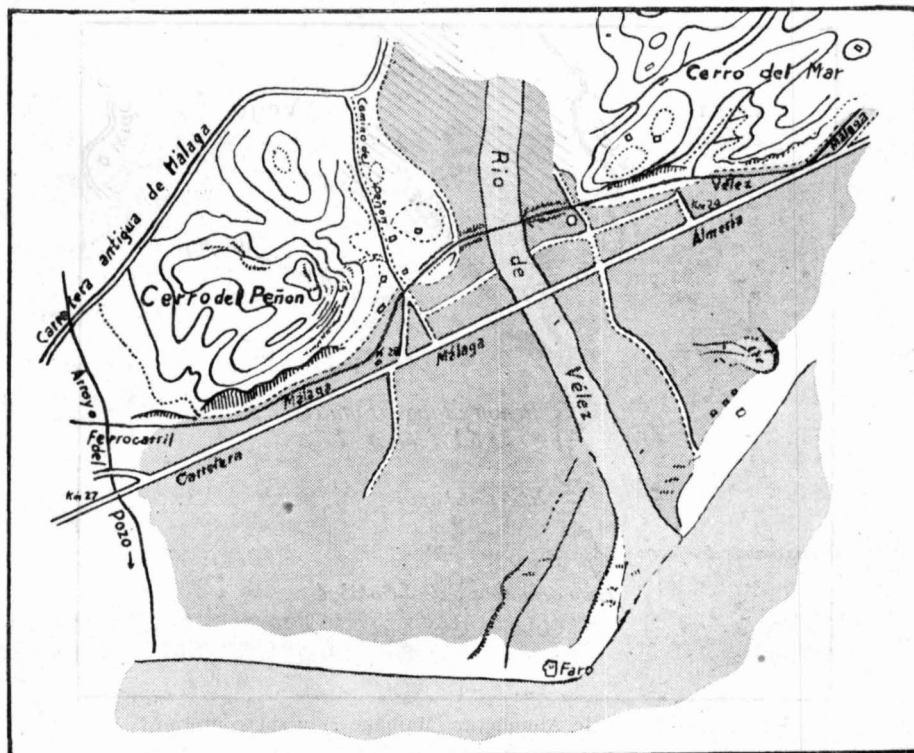


Fig. 2. — Localización de Mainake, según Schulten

de Maínoba como aun viva (III, 2, 5) y la de Mainake como ya desaparecida (III, 4, 2), aun aceptando como buena la posible identidad de sus nombres (Maín-oba > Main-ake), induce a sospechar que ambas constituyeran dos núcleos urbanos distintos, aunque probablemente próximos, y quizá por ello rivales, no obstante la protección de Arganthonios a los phókaios. Recuérdese la situación de Emporion con respecto a la ciudad indígena, descrita por Livius. (xxxiv, 9.)

Según el Periplo base de la *Ora* (versos 178-182), de Mainake, partía un camino que bordeando probablemente las sierras de Ronda por su norte, conducía a las llanuras bajas del Guadalquivir, y de aquí a la desembocadura del Tajo. Gracias a él podrían los griegos traficar con Tartessos sin necesidad de cruzar el Estrecho, evitando de este modo el área de influencia púnica, que en todo tiempo, y por medio de su base comercial y militar de Gádir, podía impedir a placer el tráfico directo de los griegos con los emporios de las bocas del Guadalquivir. La unión de esta vía terrestre con los estuarios del Tajo, permitiría recibir también el estaño de las Kassiterides sin necesidad de cruzar el Estrecho. Esta ruta interior no era sino el camino natural de intercomunicación de ambos mares y debía estar en uso desde tiempo inmemorial entre los indígenas. No hay razón alguna

para suponerla obra de los griegos, como dijo Schulten; pero sí para creer que fué utilizada desde muy temprano por aquéllos, probablemente mucho antes de que, como consecuencia de la batalla de Alalíe, les fuese totalmente interceptado el paso del Estrecho por los carthagineses.

Los hallazgos arqueológicos de la zona próxima a Mainake, testimonios indirectos de su presencia, son, hasta el momento, los más antiguos de toda la Península. El casco griego hallado en 1938 en las inmediaciones de Jerez de la Frontera (Cádiz), a orillas del Guadalete (fig. 3), remonta por su fecha al último cuarto del siglo VII, data en la que no nos

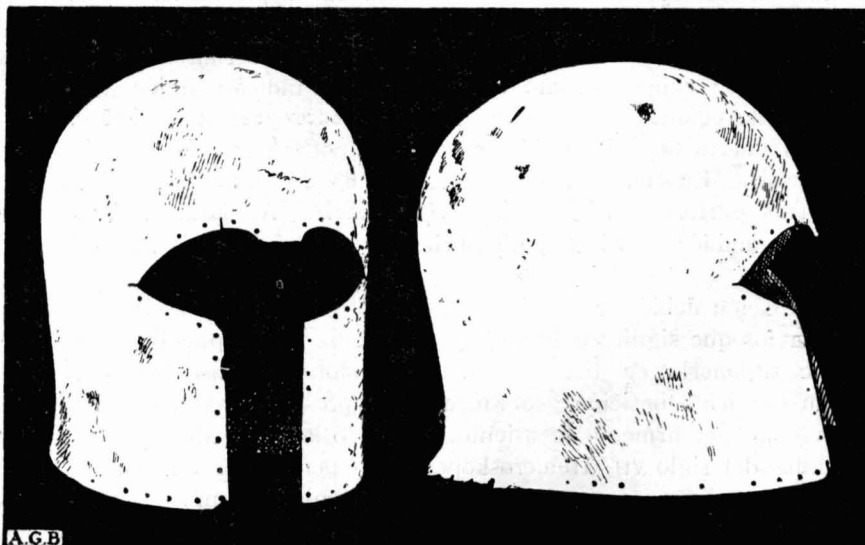


Fig. 3. — Casco griego del Guadalete, de hacia el 630 antes de J. C.

Museo Municipal de Jerez de la Frontera, Cádiz

parece muy aventurado suponer ya la existencia de Mainake. De tiempo posterior, pero aun dentro del período phókaio, y por consiguiente en vida de la colonia, son el protomos de grifo (lám. I-2), resto de un «lébes» de bronce, datable hacia el 600 (de probable procedencia andaluza); los restos de un oinochoe rhodio de bronce, datable en la primera mitad del siglo VI y procedente de Granada (lám. II-1), y por último, el otro casco griego hallado en 1930 en la Ría de Huelva, datable en la segunda mitad del siglo VI (lám. II-2). Todos ellos atestiguan tanto la existencia de Mainake (y quizás la de alguna factoría más) como la del tráfico griego en esas fechas con Tartessos. En contraste con esta relativa abundancia de objetos de bronce no puede señalarse en Andalucía ni un solo hallazgo cerámico que pueda datarse en fechas tan remotas, lo cual no tiene otra explicación sino la de que han pasado desapercibidos.¹

Hemeroskopeion. — La más conocida de las colonias phókaias de la mitad meri-

1. Para los hallazgos griegos en Andalucía, vide GARCÍA Y BELLIDO, *Hallazgos griegos de España*, n.º 1-3 del Catálogo de los broncees. El casco de Jerez, hallado con posterioridad, ha sido estudiado por PEMÁN, *Hallazgo de un casco griego en el Guadalete*, Cádiz, 1938, y Esteve, en el diario local *Ayer*, de Jerez, 6 de octubre de 1939, y publicado por SCHULTEN, *Forschungen und Fortschritte*, 1939, n.º 4, y A. GARCÍA Y BELLIDO, «Nuevos hallazgos griegos acaecidos en España», *Investigación y Progreso*, 1940, n.º 1-2.

dional de la Península fué Hemeroskopeion ('Ημεροσκοπεῖον). El haber sobrevivido a su metrópoli, Phókaia, hasta confundirse después con la ciudad romana, Dianium, permitió que su nombre no cayese en el olvido. Cítala la *Ora Maritima* de Avienus (verso 476) como ciudad ya desaparecida y situada en las proximidades del cabo de La Nao (extremo oriental de la provincia de Alicante), aunque sin dar más detalles. («*Hemeroscopium quoque habitata pridem hic civitas.*») Artemíforos de Éphesos — hacia el 100 antes de Jesucristo — recuérdala también añadiendo el dato de haber sido colonia phókaia, φωκείων ἄποικος (en Stéphanos Byz.), lo que era forzoso deducir del texto de Avienus. Strabon (III, 4, 6), siguiendo a Poseidonios o Artemíforos, es la única que menciona, como más importante entre las tres colonias massaliotas (τούτων δ' ἐστὶ γνωριμώτατον τὸ 'Η.) que coloca en estos parajes (las otras dos se ha supuesto con razón serían Alonís y Akra Leuké). Strabon describe Hemeroskopeion como una atalaya — así indica también su propio nombre — visible para los navegantes desde muy lejos (κάτοπτον δὲ ἐκ πολλοῦ τοῖς προσπλέουσιν) y provista de un puerto bien defendido, apto como pocos para nido de piratas (ἐρυμνὸν γὰρ ἐστὶ καὶ ληστρικόν). En ella menciona un templo muy venerado y dedicado a la Artemis ephesia (τὸ 'Ημεροσκοπεῖον, ἔχον ἐπὶ τῇ ἄκρᾳ τῆς 'Ερεσίας 'Αρτέμιδος ἱερὸν σφόδρα τιμώμενον), lo que demuestra también el origen jónico oriental — sin duda phókaios — de sus moradores (Strab., *loc. cit.*).

Por su situación debió ser el primer puerto de escala en la tierra firme peninsular para aquellos navíos que siguiesen la vieja ruta trazada por el puente de islas. Su origen, pues, hay que suponerlo en tiempos bastante remotos, incluso prephókaios. Posteriormente, dada su excelente posición geográfica, pudo prosperar hasta el punto de convertirse en una colonia phókaia firme y de asiento. Cuando la ruta interinsular fué abandonada, quizá hacia fines del siglo VII, Hemeroskopeion no perdió por ello su importancia, pues vino a convertirse en base intermediaria entre las colonias del sur de Francia y los emporios metalíferos del sur y sureste de España. Desgraciadamente desconocemos su historia, pero a juzgar por el desarrollo artístico de los pueblos indígenas que habitaban en la comarca, en el que la impronta griega, tanto de tipo arcaico como clásico quedó fuertemente impresa, es posible que su importancia sobrepasase a la de las demás colonias griegas de la Península. Por lo menos cabe hacer esta afirmación: que su labor, como propagadora de la cultura griega, fué la más fecunda.

En cuanto a lo dicho por Strabon, de queera massaliota (*loc. cit.*), se explica por el papel que Massalia jugó entre las colonias phókaias de Occidente desde la caída de la metrópoli en manos de los persas y la desgraciada batalla de Alalíe. Ya hemos visto que con Mainake hubo una confusión parecida.

Su localización no se ha logrado fijar todavía con seguridad. Tradicionalmente se ha supuesto su emplazamiento en o cerca de Dianium (hoy Denia). En las proximidades de esta ciudad, en efecto, levántase sobre el mar un promontorio que pudo ser el que dió origen a su nombre y el mismo que describen los textos referidos. En los últimos años, empero, se ha lanzado la hipótesis de si no sería más bien el gigantesco bastión rocoso de Ifach (Calpe), sito unas millas más al sur, que se alza a pico sobre el espejo del mar hasta una altura de 327 metros (fig. 4). Su base forma una península que penetra un kilómetro en él y está provisto de una fuente natural de agua potable, que surge en su parte baja, en una cueva.¹

Ninguna de ambas suposiciones ha tenido hasta hoy comprobación arqueológica

1. Sobre la tesis Hemeroskopeion-Ifach, vide CARPENTER, *The Greeks in Spain*, 1925, pág. 11 y siguientes; contra MARTÍNEZ Y MARTÍNEZ, *Hemeroskopeion e Ifach*, en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XCII, 1928, pág. 757, que defiende la tesis tradicional.

satisfactoria. Creemos que este resultado negativo se debe a falta de atención en los hallazgos, principalmente cerámicos. En Ifach, los más antiguos testimonios hallados son unos fragmentos de vasos griegos no anteriores al siglo v.¹ Entre los demás testimonios arqueológicos de la región, tampoco hay alguno que pueda retrotraerse por su fecha a una más antigua que la de mediados del siglo vi. El Kéntauros de Rollos (lám. III-1) y el Sátyros del Llano de la Consolación (lám. III-2), son dos bellos bronces datables, el primero,

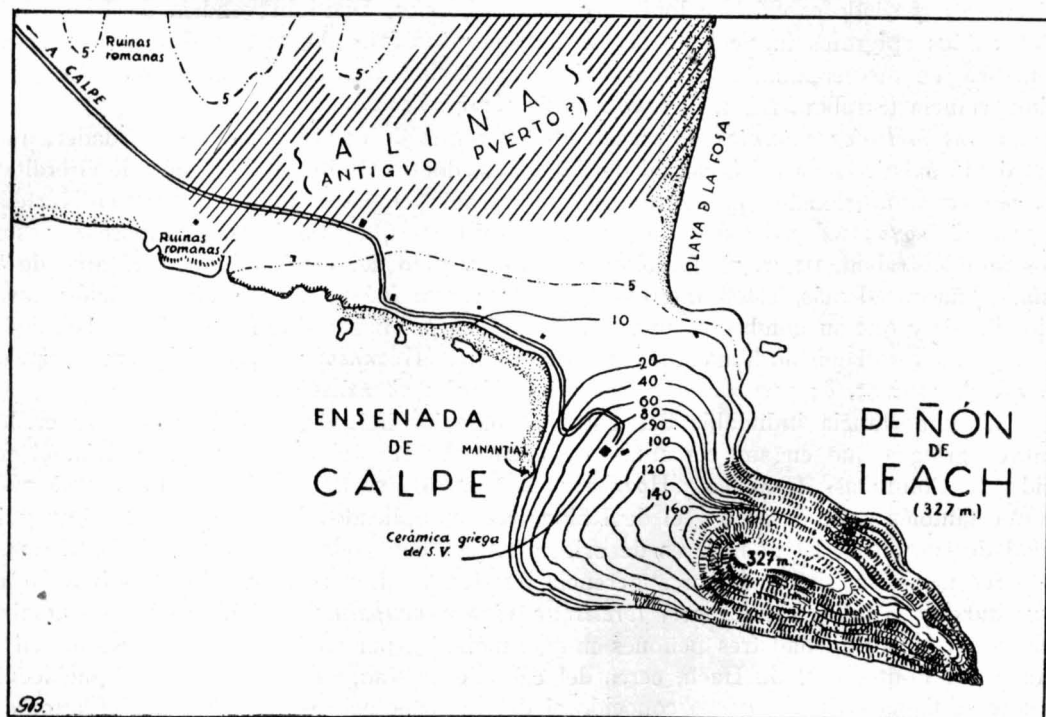


Fig. 4. — Plano del Peñón de Ifach y sus alrededores

hacia mediados del siglo vi, y el segundo, a raíz de Alalíe.² De hallazgos monetarios de esta fecha no ha dado nada cierto la región. En Denia mismo se hallaron dos monedas griegas de las que nada más que la noticia conocemos. El tesoro de Mongó, localidad cercana de Denia, no contenía monedas griegas de fecha anterior al 520. De lo demás hallazgos de monedas griegas procedentes de Benisa, punta de Ifach y barranco del Arc, no lejos todos de la misma Denia, nada conocemos de su contenido, pues perdiéronse sin llegar a estudiarse. En Silla, cerca de Valencia, se hallaron, según Schulten, que las vió, dos monedas, una de Syrákoussai y otra de Argos (?), pero no nos ha dicho la fecha de sus cecas.³ En compensación, para tiempos posteriores, son muy abundantes los testimonios, indicando, como ya dijimos antes, la gran importancia que como foco comercial y cultural tuvo Hemeroskopeíon y sus dos colonias hermanas y vecinas — pero muy posteriores — de Alonai y Ákra Leuké. Es curioso que, no obstante lo dicho, Hemeroskopeíon

1. Vide GARCÍA Y BELLIDO, *Los hallazgos griegos de España*, pág. 114.

2. Vide GARCÍA Y BELLIDO, *Los hallazgos griegos de España*, págs. 28 y 36.

3. Sobre estos hallazgos y su bibliografía, véase A. GARCÍA Y BELLIDO, *Hallazgos griegos de España*, pág. 156 y siguientes.

no acuñase moneda como Emporion y Rhode. Al menos no se conoce ninguna atribuible a su ceca griega. El nombre de Dianium que llevó la ciudad latina invita a explicarlo por el templo de Artemis ephesia, la Diana romana, que ya hemos dicho cita Strabon. El mismo — o sus fuentes Poseidonios o Artemídoros —, inducidos sin duda por esta aparente ecuación, llaman a Hemeroskopeíon también Artemísion, καλεῖται δὲ Διάνιον, οἷον Ἀρτεμίσιον (Strabon, III, 4, 6), lo que no parece cierto. En realidad deriva del nombre de la ciudad indígena a cuyo lado creció la colonia griega. Así, pues, Dianium vendría de Diniu, que se lee en los epígrafes ibéricos de las acuñaciones locales. Al menos durante la época helenística, en sus cercanías hubo una activa explotación de hierro, lo que también explica su importancia (Strabon, III, 4, 6, ἔχον σιδηρεῖα εὐφυῇ πλησίον).

Otras factorías o puntos de escala. — Un punto de escala, si no una verdadera factoría, debió existir en la bahía actual de Algeciras, donde al abrigo del peñón de Gibraltar, o en sus cercanías, existió una «antigua y memorable ciudad» indígena llamada Karteia. (πόλις... ἀξιόλογος καὶ παλαιά). Timosthenes (siglo III), que es quien nos proporciona estos datos (apud Strabon, III, 1, 7), la coloca a 7 km. y pico del peñón, dentro del arco de la bahía. Añade, además, estos interesantes datos: que fué en otro tiempo estación naval de los iberos y que su nombre remoto fué Herakleía, por haber sido fundación de Heraklés, según algunos y el mismo Timosthenes (ἔνιοι δὲ καὶ Ἡρακλέους κτίσμα λέγουσιν αὐτήν, ὧν ἔστι καὶ Τιμοσθένης, ὅς φησι καὶ Ἡρακλείαν ὀνομάζεσθαι τὸ παλαιόν).

La importancia indudable del Estrecho para los helenos, se deja reconocer en los nombres griegos que en sus cercanías aparecen. Aparte del citado de Herakleía, el conocido de Columnas Herakleas, Ἡρακλέους Στήλαι, o Puerta Tartésica, Ταρτησοῦ πύλη, con que también se le designó y el de Kalpe, Κάλη, aplicado al peñón de Gibraltar y la ciudad de sus pies. El nombre es de origen griego con toda seguridad. Avienus (348) así lo reconoció ya, sin duda por sugerencia de algunas de sus fuentes informativas («Calpeque sursum Graecia species cavi leretisque visu nuncupatur urcei»). El mismo nombre llevaron en la antigüedad tres peñones muy semejantes por su forma: El de Kalpe, en la entrada del Ponto, y el de Ifach, cerca del cabo de La Nao, a cuyos pies yace el pueblecillo que aun se llama Calpe.¹ Es ya conocido el del Estrecho con este nombre por el autor del rotero aprovechado por Avienus (versos 87, 344 y 348). El actual Guadiaro parece ser fué conocido por los griegos con el nombre de Χρυσούς. El Chrysus es citado por la *Ora* (v. 419) y pudiera aludir a arenas auríferas. El banco arenoso llamado en el Periplo (v. 323 y ss.) Herma es también de origen griego (ἔρμα=escollo, banco).

Una factoría griega en el sur de España y en la ruta a Tartessos, pudo ser Adra, la antigua Ábdera (Ἀβδηρα), sita unas millas al oeste de Almería. Los escasos textos llegados a nosotros acerca de la ciudad no la consideran colonia griega, sino púnica. Desde luego, es también con tal aspecto como se presenta a través de sus monedas. Ábdera fué, en efecto, una colonia púnica. Pero el aspecto griego de su nombre, idéntico, por ejemplo, a una colonia de los klazomenios en Thraakia, ha inducido a sospechar ya de tiempo atrás si no fué en un principio una colonia o más bien una factoría griega.² El nombre puede ser de origen rhodio.³ Quizás, tras Alalé, esta factoría griega, embrión de colonia, pasó a poder de los cartagineses, quienes se establecieron en ella con preferencia a Mainake (a la que parece destruyeron), entre otras razones por ser Ábdera lugar más próximo a

1. Vide SCHULTEN, en el *Archäolog. Anzeiger*, 1927, 223; el mismo: *Die Säule des Herakles*, 1927. ALEMANY, *Bol. Acad. Hist.*, 1932.

2. Así cree CLERC, «*Les premières colonisations phocéennes dans le Méditerranée Occidentale*», en la *Revue des Etudes Anciennes*, VII, 1905, pág. 329 y sigs.

3. Vide HILLER v. GAERTRINGEN, en *R. E. Pauly-Wissowa*, supl. v, 739.



Fig. 1. — Figura de bronce, de hacia el 540 a. de J. C., oriunda, probablemente, de Sparta, representando una divinidad femenina.

(Madrid, Museo Arqueológico Nacional.)



Fig. 2. — Protomo de grifo, oriundo de un lebes. Procedencia ignorada (Andalucía?) Datable hacia el año 600. Paradero desconocido.

(Según A. GARCÍA Y BELLIDO, *Hallazgos griegos*, lám. I.)

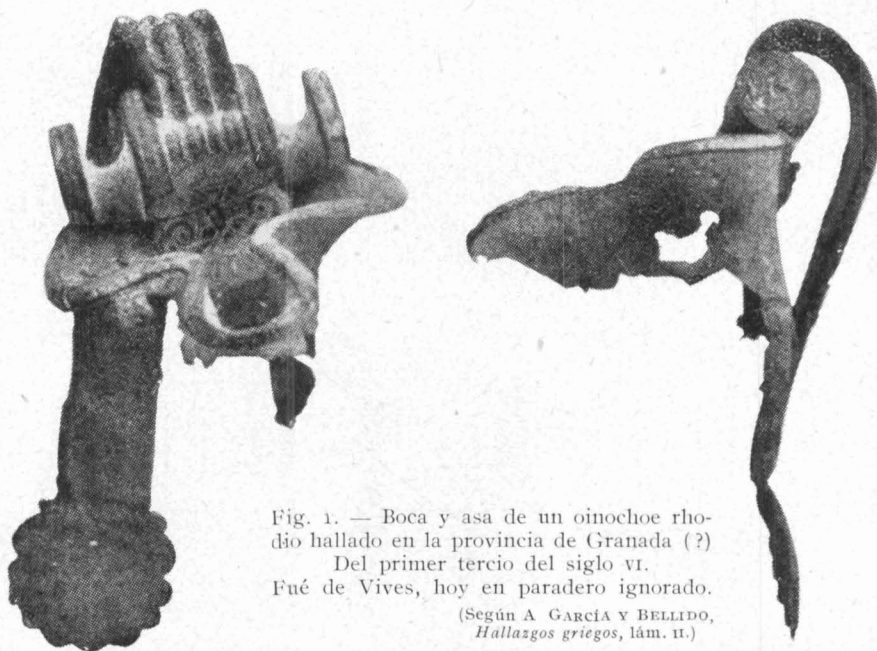


Fig. 1. — Boca y asa de un oinochoe rhodio hallado en la provincia de Granada (?)
 Del primer tercio del siglo VI.
 Fué de Vives, hoy en paradero ignorado.
 (Según A. GARCÍA Y BELLIDO,
Hallazgos griegos, lám. II.)



Fig. 2. — Casco griego hallado en la Ría de Huelva. De hacia el tiempo de la rota de Alalá.
 (Madrid. Museo de la Real Academia de la Historia.)



Fig. 1 — Kentauros hallado en Rollos (Albacete). Bronce griego de mediados del siglo VI a. J. C.
(Madrid, Museo Arqueológico Nacional.)



Fig. 2. — Sátyro Ithyphallico hallado en el Llano de la Consolación (Albacete). Bronce griego de hacia la época de la batalla de Alalfe.

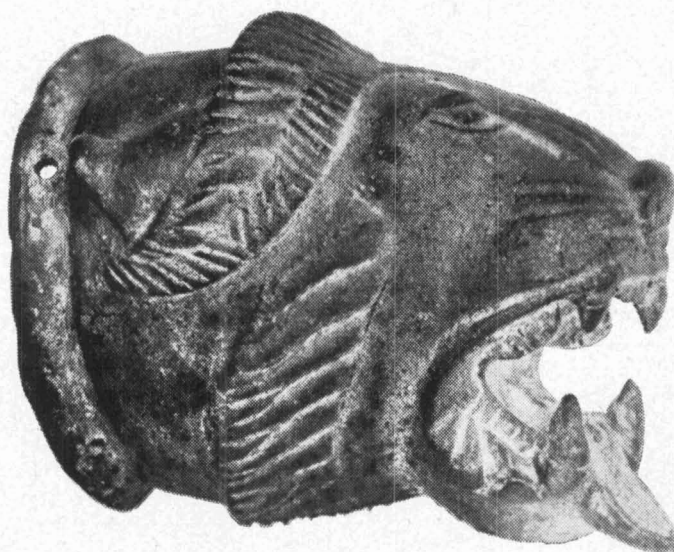


Fig. 1. — Punta de lanza de un carro en forma de cabeza de pantera. Bronce griego de Ampurias. De pleno siglo VI antes de J. C.

(Museo Arqueológico de Barcelona.)

África para aquellas naves que navegasen entre Carthago y el sur de la Península. El *Peripló* base de la *Ora Maritima* de Avienus (v. 444), dice que desde el promontorio de Venus (cabo y sierra de Gata) se percibía la costa líbyca.¹

Dudas aun mayores existen acerca de otra ciudad, llamada en algunos textos muy tardíos, Onusa o Oinoussa (Οἰνοῦσσα), y cuya localización está también llena de problemas. Su nombre mismo es dudoso, lo cual hace que las consecuencias que de él se pretendan sacar han de tenerse por provisionales. Livius (XXII, 20, 3) escribe Onusa y la sitúa entre el Ebro y Cartagena (Liv. XXI, 22, 5, donde hay que corregir *omissam* por Onus(s)am); en Polyainós (VIII, 16, 6) el nombre aparece escrito en su forma al parecer más correcta Οἰνοῦσσα, lo que nos lleva al punto a la época de la colonización prephókaia y phókaia, por ser sin duda otro nombre más de los de la serie en «oussa» tan frecuentes en España. Oinoussa es también nombre que lleva un grupo de islas en la costa de Asia Menor. El vino, del que parece derivarse el nombre, se pudo introducir ya en los comienzos de la colonización, esto aparte del posible empleo aquí como imagen. Por eso la corrección que Schulten hace derivándola de ὄνος, asno, no la creemos necesaria. En cuanto a su localización, parece coincidir con Cartagena (en Livius por comparación con Polyainós). Para Schulten podría ser Peñíscola.² La actual Cartagena existía por entonces con el nombre de Massia o Mastia. De haber sido Oinoussa una factoría de sus proximidades, lo más probable es que hubiese estado a la entrada de la magnífica bahía de Cartagena, frente o en la isla Escombrera, la antigua Scombraría o isla de Heraklés (Ἡρακλέους νῆσος) citada por Strabon (III, 4, 6). La riqueza minera de la región, principalmente en plata, pudo tentar a los griegos ya desde tiempos remotos a establecerse en la isla, de la que pasarían a la tierra firme. Si Oinoussa es una adaptación grequizada de un nombre indígena, no es fácil saberlo.

La misma relación con los centros mineros de esta zona explica la existencia en ella, ya antes del 500, de una ciudad que, según Hekataios (apud Stéphanos Byz.), se llamó Molybdana (Μολύβδανα), sin duda aludiendo al plomo o μόλυβδος. No hay ninguna otra referencia de ella. Pudiera haber acaecido lo que con Mainake. En cuanto a su situación, siendo imprecisa (Hekataios no dice de ella sino que era una ciudad de los mastienos Μ. πόλις Μαστιγνῶν), cabe suponerla desde luego en la cinta costera entre Cartagena y Almería, donde el plomo sigue siendo extremadamente abundante (sierras de Gados y Almagrera, Mazarrón) y del que se benefició en la antigüedad la plata como hoy día. En Villaricos (antiguamente Baria) se han hallado, junto con objetos púnicos, vasos griegos del siglo V y IV y un aryballos korinthios del siglo VI.³ Villaricos está al pie de la sierra Almagrera y fué en la antigüedad puerto. Es posible que los púnicos estableciesen su em-

1. El monte africano visible desde Gata, según la *Ora*, es el Herma; se ha creído el Cabo Tres Forcas. Nosotros creemos más bien en el Gurugú, de 1,150 m., y aun mejor en el Beni Snasen, de cerca de 1,500 m. Uno de los lados de la triangulación geodésica se hizo desde las costas de Orán, visando las crestas de Sierra Nevada.

2. FONTES, III, 67; *Die Griechen in Spanien*, 318 de la separata.

3. Vide GARCÍA Y BELLIDO, *Hallazgos griegos de España*, 1936, pág. 108, con la bibliografía completa y la reproducción de los vasos.

4. STRABON (III, 4, 6) cita, entre Cartagena y el Júcar, es decir, próximamente hacia el Cabo de la Nao, dos islas cercanas, Planesía (Πλανησία) y Plumbaría (Πλουμβάρια). Este nombre es sin duda de un origen semejante al que dió Molybdana, lo cual invita a identificar también sus localizaciones. Mas aunque para Planesía es verosímil su reducción en la Isla Plana, frente a Santa Pola (Golfo de Elche), no ocurre lo mismo con Plumbaría, para la que no hallamos una reducción aceptable. ¿Serían algunos de los islotes de las cercanías del Mar Menor (Las Hormigas, Los Pájaros, Los Punchosos, islote del Cargador, etc.)? Podría ser también el islote de Benidorm, pero entonces habría que buscar otra reducción menos satisfactoria para la isla y ciudad massaliota de Alonís. El nombre de «plomiza» conduce más hacia la región de Cartagena que hacia la de Alicante. En todo caso hay que excluir la isla de Escombrera, ya que es citada por el propio Strabon en el mismo párrafo.

porio allí donde los griegos ya se habían asentado, y aún pudiera ser que la Molybdana de Hekataios fuese la misma Baria (Villaricos). De todos modos, el nombre permite asegurar que los griegos tenían en aquellas costas un importante emporio comercial dedicado al beneficio del plomo y la plata.⁴

2. COLONIAS Y FACTORÍAS DE LOS PHÓKAIOS EN EL NORDESTE DE ESPAÑA. LA PALAIÁ POLIS DE EMPORION, RHODE. OTRAS FACTORÍAS: LEBEDONTIA, KALLIPOLIS, SALAURIS KYPSELA Y PYRENE. — *Emporion*. La *Palaiápolis*. — Strabon (III, 4, 8), describiendo someramente la naturaleza del litoral mediterráneo que va de las Columnas al Pirineo, dice que así como desde el Estrecho hasta Tarragona la costa no ofrece sino un pequeño número de puertos, desde esta última hasta Emporion, éstos, sobre ser mejores, son más numerosos y la tierra más fértil (εὐλίμενα καὶ χώρα ἀγαθή). Esto explica la relativa cantidad de nombres griegos que hemos de hallar en esta región y la importancia de la colonización phókaiá y massaliota, señeramente representada por los nombres de Emporion y Rhode, únicas factorías griegas en España que —por lo que hasta ahora sabemos— acuñaron moneda propia. Comencemos por Emporion.

Poco antes de mediados el siglo VI, por el mismo tiempo en que los phókaios fundaban la base de Alalé, en Córcega, surgía también en un bello golfo al sur del cabo de Creus y de las estribaciones pirenaicas una factoría griega, phókaiá también, tímidamente instalada en un principio sobre una islita pequeña y muy pegada al litoral. Estos fueron los comienzos de Emporion. La islita se ha soldado en el transcurso del tiempo al litoral, y es lo que hoy se llama San Martín de Ampurias. Bajo las actuales pobres viviendas estuvo en tiempo asentada la primitiva colonia griega. De ella nada se conoce. Cuando este breve y humilde núcleo comercial crece y se desarrolla, de la islita, los griegos, sin duda en buenos tratos con los naturales, pasaron a la tierra firme, estableciéndose también en ella. Esto ocurre en el transcurso de la segunda mitad del siglo VI, más bien hacia sus postrimerías. De este modo, por contraposición a la Palaiá Polis, o ciudad antigua, levantada sobre la islita de San Martín hacia el 560 o 550, sucede, treinta o cuarenta años después, la Neá Polis o ciudad reciente. Pero el nombre de la colonia fué el de Emporion ('Εμπορίον), tomado sin duda del carácter del primitivo establecimiento, que no pasaría de ser un mercado ocasional, un lugar de trueque con los indígenas, es decir, un emporio (ἐμπόριον) como lo designaban los griegos. Siendo la Neá Polis posterior a la batalla de Alalé, no nos ocuparemos de ella, pero sí de la Palaiápolis, que entra de lleno en el período phókaiá.

La cuestión de su fecha fundacional ha dado motivo a varias controversias, que a la luz de los hallazgos surgidos de sus excavaciones, son ya totalmente ociosas. Estos hallazgos dan, sin disputa, una fecha inicial que puede fijarse hacia el 550.¹ Mas algunos, argumentado con el silencio del Periplo, tenido como base de la *Ora* de Avienus y el de Hekataios (hacia el 500), cuyos fragmentos conocidos no mencionan tampoco la factoría emporitana, pretenden rebajar esta fecha unos decenios. La causa de tales omisiones son, por lo que atañe al Periplo, que éste no es posterior a Alalé, sino algo anterior sin duda a los comienzos de Emporion, y por lo que toca a Hekataios, que no poseyendo de él sino fragmentos esporádicos, no es justo juzgar *ex silentio* y deducir la no existencia de la colonia en los lustros finales del siglo VI. Aquí, como en otros casos, la Arqueología suministra pruebas ante las cuales no hay otro recurso que adaptar los textos para reducirlos ante la realidad.

1. Vide FRICKENHAUS, «Griechische Vasen aus Emporion», en el *Anuari de l'Inst. d'Est. Cat.*, 1908; ídem «Zwei topographische Probleme», *Bonner Jahrb.*, 1909.

Estos son tardíos, pues los primeros que nombran la colonia son del siglo IV. Antes, como hemos dicho, ni el Periplo ni Hekataios la mencionan. Las primeras referencias no dicen sino que Emporion era una colonia de los phókaios de Massalia (Éphoros o Tímaios apud el Ps. Skymnos 203-4; Ps. Skylax cap. 2). Noticias más precisas oriundas de Polybios, Poseidonio o Artemíodoros (en Strabon, III, 4, 8) son las que nos refieren la existencia primera de una Palaiópolis sobre la isleta de San Martín de Ampurias y la posterior fundación de la Neápolis en tierra firme (ᾠκουν οἱ Ἐμπορίται πρότερον νησίον τι προκειμενον, ὃ νῦν καλεῖται Παλαιὰ πόλις, νῦν δ' οἰκοῦσιν ἐν τῇ ἡπείρῳ) aunque nada aportan acerca de la fecha de sus comienzos. Estos, sin embargo, son hoy perfectamente conocidos gracias a las excavaciones, como ya hemos visto. El mismo Strabon (*loc. cit.*) añade que en ella se veneraba a la Ártemis ephesia (ἐν τῷ Ἑ. τὴν Ἀρτεμιν τὴν Ἐφεσίαν τιμῶσιν). Las noticias de escritores posteriores nada nuevo aportan, salvo Livius (en XXXIV, 9), donde se hallan interesantes datos sobre el régimen de la colonia en relación con el de la vecina ciudad indígena, esbozados también brevemente por Strabon (*loc. cit.*). Pero éstos pertenecen en realidad al período helenístico y, por tanto, caen fuera de este lugar.

Casi todo lo que de la vida de Emporion se sabe hoy procede de las excavaciones practicadas en el lugar donde estuvo emplazada la antigua colonia griega. Este emplazamiento, al revés de lo que ocurre con el resto de las antiguas colonias griegas en la Península, era conocido de tiempo atrás. Los hallazgos arqueológicos que con tanta frecuencia surgían del lugar, los restos arquitectónicos que aflorando a la luz del día eran mudos testimonios de la fenecida ciudad, la abundancia de fragmentos cerámicos esparcidos por sus alrededores, juntamente con la coincidencia toponímica del nombre actual (cast. Ampurias, cat. Empúries) y el antiguo (lat. Ampuriae, griego Emporion), eran indicios indiscutibles de que en aquel lugar debía de buscarse con probabilidades de éxito las ruinas de la colonia griega, que, como en tantos otros casos, sirvió de asiento a la ciudad romana. El insigne agustino Enrique Flórez, en 1775, dedicó ya a las monedas emporitanas un cuidadoso estudio.¹ En 1801 su docto sucesor en la *España Sagrada*, el agustino Manuel Risco, un tratado, el LXXX, en el tomo 42 de esa grandiosa obra. Cean Bermúdez, en 1832, estudió sus hallazgos, especialmente monedas y lápidas.² Hübner, en 1870, al escribir el tomo II, el dedicado a España, del Corpus Inscr. Lat.,³ trató con una erudición ya completamente moderna lo referente a Emporion y a sus inscripciones. Poco más tarde, en 1879, el benemérito Botet y Sisó dedicó a Empōrion un extenso libro lleno de erudición⁴ que ha sido, hasta las excavaciones, el tratado más extenso y completo sobre sus antigüedades e historia.

Con todos estos trabajos y algunos más de menor cuantía, cuando al comienzo de este siglo se pensó en excavar la ciudad, no había problema importante sobre su localización. A las rebuscas y exploraciones anteriores a 1908, en su mayor parte clandestinas, nocivamente interesadas o poco metódicas, sucedieron en dicha fecha las excavaciones oficiales, que en varias campañas lograron poner al descubierto todo el área de la ciudad griega y parte de la indígena y romana. Las excavaciones, aunque sobre capas arqueológicas de menor interés, aun continúan. En ellas tomaron parte importante los señores Puig y Cadafalch, Cazurro, Bosch y Gandía, este último como director inmediato de las excavaciones.

La gran cantidad de hallazgos sueltos salidos de sus ruinas enriquecen hoy día el

1. E. FLÓREZ, *Medallas de las colonias, municipios y pueblos de España*, Madrid, 1775.

2. *Sumario de las Antigüedades Romanas*, Madrid, 1832.

3. Berlín, 1870.

4. *Noticia histórica y arqueológica de Emporion*, Madrid, 1879.

Museo Arqueológico de Barcelona. Entre las excavaciones anteriores al 1908 han de citarse como muy importantes las llevadas a cabo por el Servicio Hidrológico Forestal del Estado, cuyo jefe local, el ingeniero don Francisco Javier Ferrer, halló una buena cantidad de objetos, algunos de los más antiguos de la ciudad, que llenaron pronto una sala del edificio propiedad del Servicio en San Martín de Ampurias. Con anterioridad a las excavaciones, el Museo Provincial de Gerona logró adquirir también una cierta cantidad de objetos procedentes de Ampurias, así como algunos coleccionistas particulares de la región. Tanto los objetos del museo de San Martín como los de Gerona y otros de procedencia particular han sido trasladados al Arqueológico de Barcelona, donde hoy día se puede ver reunida la casi totalidad de los hallazgos de la antigua Emporion.

La colonia griega no alcanzó su desarrollo máximo hasta el período helenístico-romano, del cual proceden la mayoría de sus ruinas. Pero de sus primeros tiempos han salido también a la luz restos de gran interés arqueológico, especialmente para el esclarecimiento del origen de la colonia y su fecha de fundación, cuestión que va ligada también a otros problemas de gran interés histórico y arqueológico, como es la fecha probable del rotero que sirvió de base al contenido de la *Ora Maritima* de Avienus. En este momento hemos de prescindir de los hallazgos posteriores a la batalla de Alalíe (hacia el 540) para fijarnos en aquellos más primitivos, anteriores al acontecimiento citado, y correspondientes, por tanto, a la primera fase de la vida de la colonia.

Va se ha dicho que el primer asiento de la factoría phókaiomassaliota fué el islote costero que, unido hoy a tierra firme, ocupa el pueblecillo de San Martín de Ampurias. Bajo él yacen (si existen aún) los restos de la Palaiápolis que no han sido aún hallados debido a la superposición del caserío actual. En compensación se tienen los hallazgos procedentes de la necrópolis arcaica sita en tierra firme al sur de la Neápolis, en el lugar llamado el Portitxol, necrópolis que dió el último asilo a la población primera de la colonia, a aquellos colonos que se asentaron tímidamente en la Palaiápolis. Constituyen estos hallazgos, principalmente, lotes de vasos cerámicos, de talleres mikrasiáticos (algunos figurados), vasos kypriotas, korinthios e italokorinthios, ejemplares vidriados probablemente oriundos de Naukratis, en el Delta; vasos chalkidios, rhodios y del tipo o especie llamada de Phikellura. A esta clasificación del material cerámico de Ampurias hecha por Frickenhaus¹ hay que añadir la presencia, escasa pero segura, de cerámica corriente, jónica, constatada por Neuffer, presente también en varios lugares de la región de Massalia y datable en la primera mitad del siglo vi.² Aunque en su gran mayoría estos hallazgos proceden de la segunda mitad del siglo vi, algunos son fechables, sin duda, en una data anterior al 550.

Entre los objetos no cerámicos destaca en primer lugar la bella cabeza broncea de pantera (lám. iv), hallada por Ferrer antes de las excavaciones oficiales en una tumba griega de inhumación del mismo cementerio. Fué remate de una lanza de carro; por su arte parece pieza de origen jónico oriental y de fecha no muy alejada del 550. Es gran lástima que la necrópolis del Portitxol fuese de antiguo explotada por buscadores de tesoros que han expoliado el importante yacimiento, perdiéndose muchos de sus hallazgos. A estas pérdidas pertenece un equipo de guerrero, de bronce, y del que no queda más que la noticia. Probablemente era ya del siglo v. En cuanto al relieve de una doble esfinge, en marmol, hallada en 1919 y que se ha tenido por griega arcaica, ya dijimos en otro lugar que es sin duda obra romana.³

1. Vide FRICKENHAUS, *Griechische Vasen aus Emporion*, pág. 195 y sigs.

2. JACOBSTHAL Y NEUFER, «*Gallia Graeca*», en *Préhistoire*, t. II, fasc. II, págs. 3 y 13.

3. Para todos estos hallazgos, además de la bibliografía antes citada, consúltese A. GARCÍA Y BELLIDO, *Los hallazgos griegos de España*, donde se ha reunido todo el material y donde se hallarán complementos bibliográficos.

Aunque de este primer período de la naciente colonia phókaiomassaliota no hay, al parecer, acuñaciones propias, es interesante señalar, al menos, ciertos hallazgos de monedas exóticas de tipo muy primitivo, que debieron servir de elementos de intercambio comercial durante los primeros años de la colonia. Prescindiendo por el momento de los hallazgos acaecidos en la región, limitémonos ahora a los procedentes de la misma ciudad. Estos son: una moneda arcaica, anepígrafa, de la «liga» o «hansa» phókaiomytilena, datable entre el 650 y el 545, y otra, esta de Teos, datable con anterioridad al 545. Teos fué una ciudad mikrasiática, vecina de Phókaia, que sufrió aquel año la misma suerte que ésta, y sus habitantes hubieron de abandonar también la ciudad patria (Heródotos, I, 168). El hallazgo primero, que se repite en Pont de Molins (no lejos de Ampurias, y del que luego se hablará), es posible testimonio de que parte de los phókaios de Alalfe hubieron de buscar probablemente refugio en la naciente colonia emporitana, tras el desastre naval del 540, contribuyendo a la fundación de la Neápolis. Las monedas citadas aparecieron en ésta juntamente con otras monedas, también griegas pero posteriores, y entre ellas una gran cantidad de acuñaciones massaliotas.¹

Rhode. — Cerca de Emporion, en el extremo norte del golfo llamado actualmente de Rosas, existió otra colonia griega, la de Rhode ('Ρόδη), de la que recibió nombre la actual Rosas y de ella el golfo mencionado. No obstante esta transmisión onomástica, desgraciadamente la antigua colonia no ha sido hallada. Las calicatas hechas en 1916 y 17 resultaron fallidas. Únicamente en el interior de la fortaleza subsistente, donde se supone pudo estar emplazada la colonia, se hallaron unos fragmentos de cerámica griega de figuras rojas y de «campaniense». Mucho antes, en 1850, halláronse cerca de la ciudad una gran cantidad de monedas, entre las cuales había dos exóticas de origen griego, anepígrafas, que a juzgar por el grano de «silphion» en ellas representado, son de la Kyrenaiké (al oeste de Egipto) y datables hacia el 480 antes de Jesucristo. Para el problema de su ubicación y de los primeros tiempos de esta colonia, lo dicho no resuelve nada.

Quedan, sin embargo, los textos de los cuales ya vimos,² puede desprenderse que la primitiva colonia pudo ser fundada en tiempos de las primeras navegaciones de los griegos por los mares de la Península. La tradición adjudica a los rhodios su origen y en fecha calculable en los años mediados del siglo IX. El símbolo parlante de sus monedas alude también a este origen. No obstante se ha creído ver en el nombre de la ciudad una raíz ligur, poniéndola en relación con la del río Rhodanus.³

Las vicisitudes por que pasó esta primera factoría rhodia no la conocemos. El Periplo no la menciona. Quizás al abandonar los rhodios las empresas comerciales en el Occidente y sucederles los phókaios, la factoría quedó desamparada y se extinguió o cayó en el círculo phókaiο. Los textos que la citan lo hacen como colonia massaliota, pero no dejan por ello de aludir a su vieja historia y a su origen rhodio. El Ps. Skymnos (verso 204),

1. Sobre estos hallazgos, véase J. AMORÓS, *Un hallazgo de monedas emporitanas*, publicación del Gabinete numismático de Barcelona, 1933; A. GARCÍA Y BELLIDO, *Investigación y Progreso*, 1935, n.º 12; ídem, *Los hallazgos griegos de España*, págs. 152 y sigs., donde se hallarán datos complementarios, y la bibliografía anterior.

2. A. GARCÍA Y BELLIDO, «Las primeras navegaciones griegas a Iberia», *Archivo español de Arqueología*, n.º 41, 1940, pág. 107.

3. Vide PERDRIZET, «Une recherche à faire a Rosas», *Bulletin Hispanique*, IV, Bordeaux, 1902; Schulten, tras de admitir este origen, hoy no participa ya de tal opinión y vuelve a la de su procedencia rhodia «Die Griechen in Spanien», *Rhein Mus. für Philol.*, 1936. Bosch y algunos más, siguiendo la opinión de Perdrizet y primera de Schulten, son también opuestos a admitir su abolengo griego. Partidarios de su origen rhodio, son Meltzer, Hübner, Vives, Maass, Méliá, Friedländer, Schulten, Jacobsthal, Neuffer y nosotros. Vide A. GARCÍA Y BELLIDO, *Las primeras navegaciones*, etc., pág. 112, para las citas bibliográficas de estas opiniones.

transcribiendo referencias de Éphoros o Tímaios, la cita juntamente con Emporion como colonia phókaiia de los massaliotas, pero añadiendo (verso 205) que Rhode fué fundación rhodia de la época de su «thalassokratía» (s. IX) (ταύτην (Ῥόδῃ) δὲ πρὶν ναῶν κρατοῦντες ἔκτισαν Ῥόδιοι...). Strabon en un pasaje (III, 4, 8) dice que según unos fué fundación emporitana, pero según otros rhodia (ἢ Ῥόδῃ, πολίχνιον Ἐμποριῶν, τινὲς δὲ κτίσμα Ῥοδίων φασί). Más adelante (XIV, 2, 10) afirma que los rhodios, poco antes de las olympiadas (776), πρὸ τῆς Ὀλυμπικῆς θέσεως, fundaron la ciudad que luego pasó a ser de los de Massalia. (τὴν Ῥόδον ἔκτισαν, ἣν ὕστερον Μασσαλιῶται κατέσχον). Esta versión, recogida de algunas de sus excelentes fuentes (Polybios, Poseidonios o Artemídeos, que estuvieron en España) es sin duda la más exacta y la que más se ciñe a los indicios históricos recogidos y a la marcha general de los acontecimientos desde la batalla de Alalíe. En ella se veneraba también en tiempos de Strabon la Ártemis ephesia (III, 4, 8).

Lebedontia, Salauris, Kallipolis, Kypsela y Pyrene. — Emporion no fué, al parecer, la única factoría griega de las costas sitas al norte del Ebro. El rotero que sirvió de base al contenido de la *Ora Maritima* cita otras factorías, embriones de colonias, que no llegaron a crecer, desapareciendo pronto o identificándose con ciudades que luego recibieron otros nombres, pero que juzgando por la designación griega con que se nos han transmitido, inducen a suponerlas verdaderas fundaciones helénicas. Tales son Lebedontia, Salauris, Kallipolis, Kypsela y Pyrene, de cuya localización precisa nada se sabe y de su historia todavía menos. De estos nombres son claramente griegos unos, pero sólo de apariencia griega otros, pudiendo ser en algún caso simples helenizaciones de nombres iberos homofónicos. Nada se sabe de cierto tampoco sobre esto. Un Callipos de Lusitania, por ejemplo, podría explicar el Kallípolis de la costa mediterránea. Naturalmente, no han faltado intentos de identificación y reducción geográfica de esos nombres griegos o pseudo-griegos. Lebedontia (Av. 509) recuerda por su nombre a Lébedos, en la costa jonia de Asia Menor. Se han mencionado como lugares de su emplazamiento, Ampolla, al norte del delta del Ebro, y Tarragona. Salauris (Av. 513) recuerda por su forma a Kalauria, en el golfo Sarónico, reduciéndose por unos a Salou, por otros a Sitges o Tarragona. Kallípolis (Av. 514) es nombre relativamente frecuente entre los griegos, y alude al bello emplazamiento o al hermoso aspecto de la ciudad. Se ha colocado tanto en Tarragona como en Barcelona. En cuanto a Kypsela (Av. 527) es igual a otra ciudad de la Thracia y recuerda el nombre del tirano de Kórinthos, Kypselos. Su localización oscila entre Playa de Pals y San Feliú de Guíxols. Finalmente, la ciudad de Pyrene (Av. 559) «de rico solar», mencionada también por Heródotos (II, 33) y por Sthéphanos Byz. (corrigiendo Κυρήνη en lugar de Πυρήνη) y cuyo nombre llevan también los montes del itmo ibérico, tal como la han transmitido los textos, es de clara raíz griega. Si en él va oculto un nombre indígena, no lo sabemos. Sus localizaciones son Cadaqués, Selva de Mar, Elna y Port-Vendres. Todas dudosas. De ninguna de estas presuntas y vetustísimas colonias, remontables quizás en su fecha de fundación a las primeras navegaciones rhodias,¹ ha quedado, como puede figurarse, resto arqueológico.

Al hablar líneas atrás de Emporion y de Rhode hemos aludido a los hallazgos numismáticos acaecidos en ellas y datables en fecha anterior a la batalla de Alalíe. Pero en la región nordeste de la Península han aparecido, además de los mencionados, otro conjunto monetario que por su procedencia y contenido podría ponerse en relación, tanto con las colonias arqueológica o históricamente comprobadas (Rhode y Emporion) como con aquellas otras, principalmente las del tramo pirenaico, que son griegas

1. BERTHELOT, *Ora Maritima*, pág. 136.

sólo en presunción (Kypsela, Pyrene). Nos referimos al «tesoro» de Pont de Molins, localidad cercana a Figueras (provincia de Gerona) y no lejos, por tanto, del grupo de las citadas colonias o factorías griegas situadas al pie del Pirineo o a orillas del golfo de Ampurias. Del hallazgo, acaecido en 1868, pertenecen al período más primitivo de la colonización griega en Occidente, una gran cantidad de monedas griegas arcaicas, anepígrafas, del tipo llamado de «Auriol» y de procedencia probablemente mikrasiática. Añádase una drachma de Kyme con la leyenda retrógrada NOIAMYK, del 550-470, y un fragmento de státero arcaico de Metapontion, colonia achaia del sur de Italia y datable en la misma fecha. Las demás monedas griegas halladas en el tesoro de Pont de Molins pertenecen, por su fecha, al período siguiente, posterior al 535.¹

III

LA CAÍDA DE PHÓKAIA. FIN DE LA COLONIZACIÓN

I. CAÍDA DE PHÓKAIA Y BATALLA NAVAL DE ALALÍE (HACIA EL 535). — El fin del Imperio phókaio de Occidente fué una consecuencia inmediata de ciertos graves acontecimientos desarrollados en el extremo opuesto del Mediterráneo, en Asia Menor, a mediados del siglo VI antes de Jesucristo. El nacimiento de la gran potencia militar de Persia trajo consigo el conflicto con el reino filheleno de Lydia, regido entonces por el famoso Kroisos. Éste fué derrotado por el rey de Persia, Ciro (546), que al punto puso sus miras en las florecientes ciudades griegas de Asia Menor. El peligro que se cernía sobre éstas llegó pronto a oídos de Arganthonios, el rey de Tartessós, amigo y protector de los phókaios. Heródotos, recogiendo noticias todavía frescas, cuéntanos (I, 163) que ante el trance en que se veían los phókaios, Arganthonios ofrecióles sus tierras, invitándoles a establecerse en ellas. Pero los phókaios rehusaron la oferta. Únicamente aceptaron una gran suma para construir alrededor de la metrópoli sólidas defensas amuralladas. Las defensas, aunque se construyeron, no sirvieron de nada. Juzgando los phókaios sacrificio inútil la defensa de la ciudad, estando ya sitiados por los ejércitos de Ciro, abandonaron de la noche a la mañana su patria. El asilo demandado a los de Chios, sus vecinos isleños, a los que pretendieron comprar las Oinoussai, no fué escuchado por el temor de atraerse las iras de los persas o, como dice Heródotos (I, 165), por evitar futuras rivalidades comerciales. Los phókaios, en tales apuros, no hallaron más solución que partir en sus naves hacia una de las lejanas colonias de su Imperio Occidental. Su pensamiento recayó, en un principio, sobre Andalucía; pero habiendo muerto por entonces su protector, el rey de Tartessós, Arganthonios, hubieron de buscar asilo en otras tierras. (Heród., I, 165.) La elegida fué Córcega, en la que, años antes (hacia el 565), habían fundado la colonia de Alalíe, frente a frente de las costas de Etruria; allí se trasladaron parte de los phókaios (parece ser que más de la mitad se volvió a Phókaia), comenzando de nuevo su vida de comerciantes y colonos a la vista y en la cercanía del resto de las ciudades de su floreciente imperio. Tal presencia en el centro del Mar Tyrrhenio no fué del agrado de etruscos y carthagineses, quienes con razón temían una rivalidad desventajosa para su comercio. El conflicto con sus nuevos vecinos no tardó en estallar. Los phókaios, fuertes todavía en el mar, unían, como era lo normal en su tiempo, el comercio

1. AMORÓS, *Las monedas emporitanas anteriores a las drachmas*, n.º 43 y pág. 49; A. GARCÍA Y BELLIDO, *Los hallazgos griegos de España*, pág. 154, donde se hallará la bibliografía completa anterior.

con la piratería. Carthagineses y etruscos formaron entonces una alianza para poner fin a este nuevo estado de cosas. Con una armada de sesenta navíos se presentaron ante las costas de Córcega con ánimo de provocar la batalla. Los de Alalíe contaban también con sesenta naves. Salieron a alta mar y tuvo lugar el choque de ambas flotas. Aunque los phókaios resultaron vencedores, fué a costa de graves daños. Perdieron cuarenta naves y quedaron averiadas las veinte restantes. Imposibilitados por el momento de rehacer su flota, los de Alalíe, aunque victoriosos, quedaron de hecho a merced de sus enemigos, y la ciudad hubo de ser al punto abandonada (hacia el 535) (Heród., I, 166). Muchos perecieron en manos de los etruscos y carthagineses, que los mataron a pedradas. Del resto, los más, se refugiaron en Rhegion, a la entrada del estrecho de Messina, de donde se trasladaron a Hyle (luego Velia), en la costa de Lucania, sobre el mar Tyrrhenio. (Heródotos, I, 167.) Otros, a juzgar por ciertos testimonios numismáticos, se dispersaron por las distintas colonias phókaias de Provenza; algunos pocos se debieron instalar en las colonias de la costa catalana, donde encontraremos verosímiles huellas de su presencia.

De este modo terminó para los phókaios su época de thalassokratía. La repercusión que estos acontecimientos tuvieron en sus colonias, principalmente en las de la Península Ibérica, las estudiaremos en líneas sucesivas.

2. EL FIN DEL IMPERIO PHÓKAIΟ EN OCCIDENTE. — La caída de Phókaiia (hacia el 546) y la batalla naval de Alalíe (hacia el 535) marcan dos fechas de importancia decisiva en la historia del Mediterráneo occidental. Tras ellas adviene un nuevo estado de cosas de signo esencialmente distinto. Al floreciente desarrollo de la colonización griega, que traía consigo una serie de valores y conceptos de la más alta calidad y de las más espléndidas perspectivas, sucede en el Occidente un período de depresión de lo helénico, con pérdidas irreparables ya para siempre y un retroceso general en aquel movimiento expansivo, que, tras de llegar a las bocas del Atlántico, fué tan cordial y entusiásticamente recibido por los tartessos filhelenos, que auguraba en Andalucía una nueva Magna Grecia. Los vencedores, etruscos y carthagineses, eran pueblos que aunque no se les puede tachar de bárbaros — en el sentido peyorativo de la palabra —, su concepto de la vida, tanto material como espiritual, era tan otro, el caudal de su cultura tan inferior, que su acción educadora sobre los pueblos peninsulares, bien dispuestos en general a la asimilación de formas culturales nuevas no puede, ni con mucho, compararse a la ejercida por Grecia, de la que en última instancia dependían también tanto los etruscos como los carthagineses. En este sentido no vacilamos en afirmar que el hundimiento del Imperio colonial phókaiο de occidente fué, singularmente para España, una verdadera desgracia. Retrasó en varios siglos nuestra incorporación activa al mundo verdaderamente civilizado, privando a nuestra historia de un caudal de valores, sobre todo culturales, que sólo la conquista romana, aunque tardamente, vino a reparar. La intensa helenización de Andalucía y Levante, que por tan llanos caminos discurría en la víspera de Alalíe, de no haber surgido la inesperada catástrofe, hubiese hecho de ambas regiones de España, tan permeables al progreso, focos culturales quizás tan vivos y espléndidos como lo fueron el sur de Italia y Sicilia. Sólo se requería la colaboración del tiempo, y ésta fué precisamente la que faltó al quedar truncada la expansión griega por causa de la derrota de Alalíe. La rápida y valiosísima aportación española a la cultura romana es una prueba de lo que hubiera podido suceder cinco siglos antes con respecto a la griega si no hubiese sucedido aquel desastre.

Al predominio marítimo de las naves phókaias, sucedió la «thalassokratía» de los vencedores, etruscos y carthagineses. A su amparo, los aliados pudieron distribuirse sus

respectivas esferas de influencia en el Mediterráneo occidental; a juzgar por los hechos subsiguientes, correspondieron, a Etruria, el Lacio, la Campania y Córcega; y a Carthago, el Mediodía de España, Cerdeña y sobre todo Sicilia, de donde siempre fué pretensión carthaginesa expulsar a los griegos llegados a la isla, según Thoukydides, algo más tarde que los púnicos.

Por lo que toca a España, las consecuencias inmediatas de la derrota phókaia fué la pérdida, por parte de los griegos, de aquellos mercados que durante el transcurso del siglo VI lograron conquistar en el sur de la Península, principalmente el de Tartessos, el más codiciado de los emporios de Occidente. Las colonias, factorías y puntos de escala que los jonios establecieron en Andalucía sobre la ruta marítima de aquel emporio de metales, naturalmente, hubieron de correr la dura suerte que era de esperar. No hay, sin embargo, noticias concretas acerca de ello. Sólo cabe juzgar por deducciones, más éstas son harto probables. Parece ser que Mainake, la más occidental de las colonias griegas llegadas a nosotros con este título, fué destruída por entonces. Al menos no suena como viva en los siglos siguientes. Es más, uno de los grandes viajeros helenísticos que recorrieron tierras de la Península (Polybios? Poseidonios?, Artemídoros?) no vió de ella sino sus ruinas (Strab., III, 4, 2). En cuanto a Ábdera, si fué, en efecto, una factoría en un tiempo griega, como sospechamos, debió de cambiar entonces de mano convirtiéndose en un establecimiento púnico como en tiempos sucesivos seguirá siéndolo. Por lo que atañe a las demás factorías o pequeños emporios del sur de la Península, su suerte nos es desconocida igualmente. La «vieja y memorable» ciudad de Herákleia, identificada por Timosthenes (apud Strab., III, 1, 7) con Carteia, en la bahía de Algeciras, debía ser ya en el siglo III antes de J. C. una ciudad de poca importancia, como se desprende del texto. De Oinoussa y Molýbdana nada se sabe. Quizás esta última, no citada, como vimos, más que por Hekataios, se convirtió luego de Alalfe en la factoría púnica de Baria, que aunque no se halla mencionada como tal por los textos, es seguro lo fué, como la Arqueología demuestra (vide atrás, pág. 62).

Con todo ello el comercio phókaio con Tartessos quedó definitivamente cortado de entonces para siempre. El estrecho Herákleo se hizo impracticable para naves griegas. Las simpatías que lograron ganarse reinando Arganthonios y que tantos frutos hubieran producido en Andalucía, quedaron estériles. De ahora en adelante lo que de griego llegue a las tierras del Betis será precario y eso por intermedio de carthagineses. La misma Tartessos pagó el pecado de su philhelenismo, sufriendo las brutales represalias de los vencedores. En realidad a partir de entonces no sabemos absolutamente nada de ella. Pero este silencio tan significativo es precisamente el más claro testimonio de su muerte o de su definitiva decadencia. La mención de «Mastía Tarséiou» en el tratado romanocarthaginés del 348, no permite deducir la existencia de Tartessos en aquella época (Polyb., III, 24, 4). Es una simple designación étnicogeográfica.

Más verosímil nos parece la aplicación a Tartessos de un episodio referido a Gádir y llegado a nosotros por dos conductos, que aunque tardíos, son fidedignos: uno por la obra *περὶ μηχανημάτων*, de Athenaios, técnico de fecha indeterminada (siglo I antes de J. C.?) y el otro por medio del conocido libro de Vitruvius (X, 13, 1). Ambos parecen tomar su narración de una fuente común, pues sus versiones son paralelas. Nárranlo al explicar el origen del ariete y cuentan a este propósito que dicho artefacto fué empleado por vez primera cuando los carthagineses sitiaron a Gádir.¹ Refieren que no teniendo los sitiadores más instrumentos que una viga, derribaron a golpes, y fácilmente, cierto trozo de

1. La identificación de Gádir con Tartessos en los autores helenísticorromanos es frecuente.

muralla perteneciente a un bastión ya conquistado con el fin de dejar expedito el lugar. Entonces un tal Pephrasmeno, carpintero tyrio de una de las naves, se le ocurrió la idea de aplicar el mismo procedimiento para abatir los muros de Gádir, aun por conquistar. Tomó un mástil, colgólo de una viga transversal suspendida como el fiel de una balanza, y tirando hacia atrás con una cuerda, este mástil pendiente, al balancearse, golpeó de tal modo los muros, que pronto fueron derribados. De ser posible, como parece, la sustitución de Gádir por Tartesós, éste sería el único testimonio y episodio referente al fin de la ciudad.

Hacia comienzos del siglo v, esta definitiva clausura del Estrecho pudo hallar su eco en Píndaros (518-440), que parece señalar la imposibilidad de franquear por entonces las Columnas Herákleas. «Después de ellas — dice en las *Olympicas* (III, 44) — el camino es tan inaccesible a los hombres superiores como a los vulgares.» «No es posible ir más adelante hacia el mar inaccesible, más allá de las Columnas de Hereklés.» (Nemeas, III, 21).¹

Respecto a las colonias y factorías griegas entre el Pirineo y el cabo de La Nao, parece ser que una de las consecuencias inmediatas de la rota de Alalíe fué la retracción en la ya floreciente expansión colonial por la costa catalana que el Periplo nos presenta en sus comienzos. Al menos aquellas colonias y factorías a las que la catástrofe de Alalíe sorprendió en una fase inicial, faltas de vida propia y de apoyo, murieron pronto. Tal debió suceder a Lebedontia, Salauris, Kallípolis y Kypsela, citadas sólo por el Periplo, y de las que no se vuelve a hacer mención en documentos posteriores. Otro tanto cabe suponer de la suerte que corrió Theline, mencionada también únicamente por el Periplo y sita en las bocas del Rhódano, muy cerca, pues, de la misma Massalía. Pyrene, por el contrario, después del Periplo es citada por Heródotos (II, 33) y quizás por la fuente (Éphoros?) que utilizó Stéphanos Byzantino (vide atrás, pág. 77). De todos modos, si se salvó de la catástrofe de Alalíe no es verosímil que fuese por mucho tiempo, pues no hay noticia ni resto alguno de su supervivencia en siglos sucesivos. De las citas mencionadas no se deduce necesariamente tampoco que Pyrene viviese en las fechas en que fueron escritas.

En cuanto a Massalía, la más importante de las colonias griegas en Occidente, si bien sufrió las duras consecuencias del hundimiento de la metrópoli, parece ser que gracias al desarrollo de su vida propia pudo sostenerse ante la general descomposición del Imperio colonial phókaios. Es más, la llegada a ella en busca de asilo de parte de los phókaios de Alalíe,² contribuyó a dar nueva vida a la colonia. Tal impulso renovador explica la tradición, evidentemente falsa, pero corriente en la Antigüedad, que data en estas fechas la fundación de Massalía.³ Los recién llegados, portadores de sus imágenes y exvotos

1. El testimonio de Píndaros es, sin embargo, de dudosa interpretación. Parece ser, más que un testimonio de la clausura, una alusión al límite geográfico de la «oikoumene», que terminaba en las Columnas precisamente. Este sentido está claro en las *Olympicas*, III, 43 (ya transcrita en el texto), en la que se habla de extensión de la fama de Theron. La mención de los monstruos marinos (Nem., III, 20) y la cita de Gádir «cuyo occidente es infranqueable» (Nem., IV, 69) indican claramente que Píndaros alude al *Finis Terrae* más que al *Non plus ultra*, pues Gádir ya implica el paso del Estrecho. Schulten (*Fontes*, II, 16-17, «*Die Säulen des Herakles*», tirada aparte de O. IESSEN, *Die Strasse von Gibraltar*, Berlín, 1927, pág. 181) interpreta los textos de Píndaros con evidente exageración. Quizás Píndaros usase de tales términos en los dos sentidos. Todas las demás aportaciones que Schulten aduce de los textos clásicos contemporáneos o casi contemporáneos del hecho para demostrar el cierre del Estrecho (*Die Säulen des H.*, pág. 181 y sigs.), nos parecen un exceso de fantasía. Su discusión nos llevaría lejos y, por otra parte, está fuera de lugar aquí.

2. Se ha exagerado mucho su cantidad. Heródotos dice que la mitad de los habitantes de Phókaias, antes de partir para Alalíe, se volvieron a su ciudad. De los que se trasladaron a Occidente, muchos murieron en la batalla; otros, fueron asesinados, y otros, finalmente, emigraron a Rhegion. El número que después de esta dispersión llegase a Massalía no pudo, por tanto, ser muy alto.

3. JULIAN, *Hist. de la Gaule*, I, 219, 6.

(Heród., I, 164), tomaron parte activa en el renacimiento de la vida comercial, política y religiosa de Massalia.

Conscientes los massaliotas de su papel se arrogaron el derecho indiscutible de heredar el oficio metropolitano y protector de la madre patria, procurando salvar de aquel derrumbamiento general todo lo posible. Massalia, al decir de Trogus-Justinus (XLIII, 5, 3), se hallaba unida en vieja amistad con Roma (*«prope ad initio conditae urbis»*). El tratado que en 409 firmó ésta con Carthago, y en el que por parte de Roma figuraban como beneficiarias sus aliadas (Polyb., III, 22, 4 y sigs.), permitió a Massalia — de estar incluida entre ellas como es verosímil y suele admitirse — una cierta seguridad y libertad de acción, al menos en aquellos lugares alejados de los intereses carthagineses en la Península. A su vez, Massalia pudo permitir a Carthago una amplia intervención en el sur de las Galias. Tal se desprende, al menos, de la presencia de mercenarios elisykes, entre los que Carthago llevó a Sicilia cuando Himera en el 480 (Heród., I, 165.) Pasados los primeros momentos inmediatamente posteriores al desastre, Massalia, aliviada quizás por el apoyo de Roma, pudo salvar parte del patrimonio colonial heredado de Phókaia, como luego veremos.

Puede tenerse por seguro que Emporion, Rhode y Hemeroskopeion permanecieron griegas. Aun más, sabemos que su nueva vida cayó de lleno bajo la hegemonía de Massalia. Los textos posteriores, sin excepción, hablando de estas colonias, aunque alguna vez recuerden su origen directo phókaiō (rhodio, para el caso de Rhode), llámanlas siempre colonias massaliotas,¹ lo que indica claramente el nuevo estado de cosas.

A conservar estas colonias debió contribuir en alto grado el refuerzo recibido en su población, por la llegada en demanda de asilo de aquellos comerciantes y colonos phókaios dispersos por el resto de las colonias destruidas o amenazadas por los púnicos y etruscos. Ya hemos visto que tras Alalfe parte de los phókaios desterrados fueron a Massalia, y otros, tras una breve estancia en Rhegion, se trasladaron a Lucania, donde fundaron la colonia de Hyle, luego Velia. Otros debieron derramarse por las colonias griegas de la costa ligur y algunos, sin duda, llegaron a Rhode y Emporion, contribuyendo con otros prófugos oriundos de Mainake y de las demás factorías del sur y este de la Península, al crecimiento de la Palaiá Polis de Emporion, que por este tiempo, habiéndose hecho insuficiente el pequeño islote costero, y en buenas relaciones con los indígenas, se trasladan a tierra firme fundando la Neá Polis (véanse más atrás, pág. 73). La abundancia de tesorillos con monedas de tipo «Auriol», cuyos hallazgos han acaecido tanto en la costa tyrrhénica de Italia, como en Provenza y en el nordeste de España, son sin duda testimonios mudos de esta triste diáspora de los griegos de Alalfe. A ellos debieron de sumarse otros refugiados procedentes de las factorías cercanas de Lebedontia, Kypsela, Salauris, Kallípolis y quizá Pyrene. El rápido auge de la Neá Polis de Emporion, que coincide en sus principios precisamente con los momentos más difíciles por que pasaron las colonias phókaias, hace muy verosímil esta reconstrucción de los hechos. Emporion, como Massalia, experimentó entonces un renacimiento debido al incremento de su población. Aunque en Rhode y Hemeroskopeion no hay testimonios arqueológicos, como en Emporion, para poner base firme a una reconstrucción similar en estos años, es de sospechar, sin embargo, que acaeciese algo semejante. En general el fenómeno puede formularse diciendo que la retracción general, defensiva, del helenismo occidental tras de la rota de Alalfe, trajo como consecuencia la densificación, a costa de los lugares abandonados, de aquellas colonias que pudieron permanecer firmes ante los embates de la desgracia.

1. Hemeroskopeion, Strab., III, 4, 6; Rhode, ídem III, 4, 8; Emporion, Ps. Skym. 203-4, y Ps. Skyl. cap. II.